

46.^a SESION ORDINARIA — SEPTIEMBRE 18 DE 1888

Presidencia del doctor PELLEGRINI

Ministros presentes: del interior y de justicia, culto e instrucción pública.

Senadores presentes: Baibiene, Baltoré, Barros, Cambaceres, Dávila, de la Silva, del Valle, Derqui, Febre, Funes, Gil, Mendoza, Nougues, Oliva, Ortega, Paz, Pérez, Pizarro, Rodríguez (C. J.), Ruiz (H.), Ruiz (M.), Tello y Zapata.

Senadores ausentes, con licencia: Gollán, Ortiz, Rocha y Rodríguez (M. F.).

Senadores ausentes, con aviso: Moyano y Navarro.

SUMARIO

- 1.—Asuntos entrados.
- 2.—A moción del señor senador Baibiene el Honorable Senado se declara en sesión permanente hasta que se sancione el proyecto de reformas a la legislación del matrimonio.
- 3.—Se considera en general el proyecto de ley del Poder Ejecutivo estableciendo el matrimonio civil en la República.
- 4.—A moción del señor senador Pérez se vota nominalmente y se aprueba en general el asunto a que hace referencia el número 3 del sumario.

—En Buenos Aires, a dieciocho de Septiembre de mil ochocientos ochenta y ocho, reunidos en su sala de sesiones el señor presidente y los señores senadores arriba inscriptos, se abrió la sesión con inasistencia de los señores senadores Moyano y Navarro, con aviso; y con licencia, Gollán, Ortiz, Rocha y Rodríguez (M. F.).

Leída y aprobada el acta de la anterior de 15 del corriente (45.^a ordinaria), se da cuenta de los asuntos entrados.

1

Comunicaciones oficiales

Mensaje del Poder Ejecutivo comunicando el decreto expedido sobre honores públicos con motivo de la muerte del general Sarmiento. Al archivo.

—Mensaje del Poder Ejecutivo, remitiendo la propuesta del directorio del ferrocarril a Sunchales, para construir un ramal de la estación Díaz a Santa Fe, sin garantía. A la Comisión del Interior.

—Mensaje y proyecto de ley del Poder Ejecutivo, abriendo un crédito suplementario de 25.000 pesos al Departamento de Relaciones Exteriores. A la Comisión de Hacienda.

—Mensaje y proyecto del Poder Ejecutivo, abriendo un crédito suplementario de 10.000 pesos al Departamento de Relaciones Exteriores. A la Comisión de Hacienda.

—Proyecto de ley, en revisión, acordando pensión a la señora Manuela S. de Figueroa, viuda del diputado I. J. Figueroa. A la Comisión de Peticiones.

Peticiones particulares

Varios individuos piden no se sancione el proyecto de matrimonio civil. Reservado en Secretaría.

—El vicario capitular de Salta, padre Padilla, pide no se sancione el proyecto de ley sobre matrimonio. Reservado en Secretaría.

—José J. Batet, intendente de la Casa de Justicia, solicita su jubilación. A la Comisión de Peticiones.

—Los hijos del coronel Robredo solicitan pensión. A la Comisión de Guerra.

Despachos de Comisión

La Comisión del Interior se ha expedido en los siguientes asuntos: proyecto de ley, en re-

visión, autorizando al Poder Ejecutivo para invertir la suma de 25.000.000 de pesos en la adquisición de tren rodante para el Ferrocarril Gran Oeste Argentino; proyecto de ley, en revisión, autorizando al Poder Ejecutivo para invertir hasta la suma de 160.000 pesos en la construcción de un puente sobre el río Dulce; y, el proyecto del señor senador Tello autorizando al Poder Ejecutivo para invertir 2.000 pesos en los estudios necesarios para la apertura de un camino carretero desde Chorrillos hasta San Pedro, en Jujuy.

—La de Peticiones, en los siguientes asuntos: solicitud del capitán don Marambio Catán, pidiendo una subvención; solicitud de la señora Hilaria Gómez, pidiendo pensión; solicitudes de los señores Luis A. Belloc y Santiago Ortiz, estudiantes de la escuela agronómica de Mendoza, pidiendo una subvención, para perfeccionar sus estudios en Europa; cuentas presentadas por la Secretaría del Senado, Cuerpo de Taquígrafos y Contaduría del Congreso; solicitud de la sociedad Franklin, de San Juan, pidiendo una subvención; proyecto de ley, en revisión, acordando pensión a la señora Dolores Argüello de Cáceres, y solicitud de la señora Florinda P. de Alvarez, pidiendo aumento de pensión.

Sr. Presidente. — Estos despachos se imprimirán y formarán la orden del día correspondiente.

Continúa la orden del día.

2

Sr. Baibiene. — Pido la palabra.

Es para hacer moción en el sentido de que el Senado se declare en sesión permanente hasta que el proyecto a la orden del día sea sancionado en general.

El período de sesiones ordinarias está muy adelantado, y debemos consagrar todas las horas necesarias a este proyecto, que ya ha insuvido muchas sesiones, para que podamos ocuparnos de los demás asuntos que están a la consideración del Honorable Senado.

—Apoyado.

Sr. Presidente. — ¿La moción del señor senador es para que la Cámara se declare en sesión permanente, hasta que se vote en general el proyecto de matrimonio civil?

Sr. Baibiene. — Sí, señor.

—Se vota la moción y se aprueba.

Sr. Cambaceres. — Pido la palabra.

Es para ampliar la moción del señor senador por Corrientes, en el sentido de que si la sesión permanente dura más del día de hoy, pidamos el local a la Cámara de Diputados para seguir mañana.

Sesión permanente no quiere decir que permanezcamos en el recinto hasta que se concluya la discusión del proyecto. Se hacen cuartos intermedios, continuando en seguida la sesión; de manera que, si no se vota hoy en general el proyecto, podemos seguir mañana la discusión.

Sr. Presidente. — Entendía que la sesión permanente era para no suspenderla hasta que no se votara en general el proyecto.

Sr. Cambaceres. — Pero, como el local no es nuestro, sino por hoy, habría que suspender la sesión hasta pasado mañana.

Sr. Presidente. — Se va a votar la moción del señor senador por la Capital.

Sr. Cambaceres. — Mi moción la formulo en estos términos: pedir el local a la Cámara de Diputados, para ocuparlo hasta tanto se sancione por completo este proyecto, celebrando sesiones diarias.

Sr. Baibiene. — Yo retiro mi moción, porque veo que sería completamente ineficaz.

Mi mente ha sido...

Sr. Presidente. — La moción del señor senador ha sido ya sancionada por el Senado y no le pertenece.

Sería necesaria una reconsideración.

Se va a votar la moción del señor senador por la Capital.

—Se vota y es aprobada.

3

Sr. Presidente. — Continúa la discusión de la orden del día.

Tiene la palabra el señor senador por Santa Fe.

Sr. Pizarro. — Señor presidente: yo comprendo el interés de la Cámara por terminar cuanto antes la discusión de este proyecto; comprendo también que se encuentre ya fatigada con la larga discusión que acerca de él se ha hecho; pero, a pesar de esto, yo me veo en la necesidad de pedir a la Cámara lo que el señor ministro del interior pidió cuando hizo uso de la palabra en su discurso: un poco de comodidad; la necesito para contestar su tan amplio discurso.

El señor ministro nos decía, y con razón, que, en esta materia, en todas partes se ha concedido la mayor amplitud a la discusión; y yo

pido, como él, sino el tiempo requerido para una extensa refutación, a lo menos el necesario para tratar con alguna comodidad los principales tópicos que ha tocado el señor ministro en su discurso.

Señor presidente: yo he dudado mucho tiempo, si debía o no contestar al discurso del señor ministro del interior; y he dudado, porque no podía fijar bien el carácter de su palabra en este recinto. Si era la palabra oficial, si era la palabra del Poder Ejecutivo, que debe necesariamente, venir como elemento en la formación de la ley, en este caso mi deber era recogerla y tomar en cuenta sus observaciones; pero, si era simplemente la palabra individual, juicios y conceptos puramente personales del señor ministro, que no responden en manera alguna al pensamiento del Poder Ejecutivo, en tal caso, yo creo que la Cámara misma no ha debido escuchar su discurso. Lo que a la Cámara le interesa, para la elaboración de las leyes, es conocer el pensamiento del Poder Ejecutivo, que indudablemente nos trae el ministerio, pero no conocer las opiniones individuales de este o aquel otro de los ministros del Poder Ejecutivo, en su carácter puramente privado, personal.

He entrado, sin embargo, a tomar en consideración el discurso del señor ministro del interior, porque la presencia de todo el ministerio, en el momento en que el señor ministro hablaba, daba a su palabra la autoridad de la palabra verdaderamente oficial; y, en este caso, señor presidente, yo no he podido comprender sino como un desahucio de las ideas del señor ministro de justicia y culto, las observaciones del señor ministro del interior que traen radicalmente el proyecto que ha presentado el Poder Ejecutivo por órgano del Ministerio de Justicia y Culto.

Ya no se trata, según lo expresado por el señor ministro del interior, de aquel término medio, de que el Poder Ejecutivo hablaba en su mensaje, ni de esta especie de ecleticismo que el señor ministro de justicia y culto ha aceptado como característico de su proyecto; se trata ya de la idea radical del matrimonio civil, prescindiendo de las modalidades del proyecto presentado por el Poder Ejecutivo.

Quiere decir, entonces, que el Poder Ejecutivo mismo, viene a desautorizar ante la Cámara el proyecto presentado por órgano del señor ministro de justicia y culto.

Es, entonces, bajo esta última fase, dada a la cuestión por el Poder Ejecutivo mismo, por órgano del señor ministro del interior, que yo debo considerar el proyecto que se discute.

En la sesión pasada, he demostrado cómo este proyecto, así considerado, pugna todavía más abiertamente, como más radical, contra el texto y el espíritu de la Constitución, la cual no sólo es cristiana, sino católica, como lo he demostrado, relacionando las enseñanzas de la Iglesia en las últimas encíclicas de su Santidad, con las prescripciones constitucionales que se creen repugnantes a esta enseñanza.

El señor ministro del interior, tan radical como se presenta a nombre del Poder Ejecutivo en esta cuestión, no concibe que pueda haber un «poder moral» un «poder espiritual» que no es ni siquiera una soberanía internacional; una autoridad moral soberana, que no tiene poder temporal alguna, ni parlamentos, ni ejércitos, ni ciudades, ni nada de lo que constituye una nacionalidad, ante quien puedan en ciertos casos controlarse las leyes de la Nación, y con cuyo acuerdo deben ellas producirse, en materias que son, por su naturaleza, de jurisdicción concurrente.

El señor ministro del interior y el Poder Ejecutivo, cuyas ideas él expresa, no admiten concurrencia de jurisdicción en estas materias, que, según él, están sujetas exclusivamente a la legislación del Estado. Creen que esta concurrencia del poder espiritual de la Iglesia y su intervención en la política de las naciones, es depresiva de la soberanía, y persisten en sostener que las doctrinas y las enseñanzas de la Iglesia católica son contrarias al principio fundamental de nuestro gobierno democrático; son contrarias, por consiguiente, a la Constitución y a la soberanía constitucional de la Nación.

El señor ministro nos decía así, que varias naciones habían resistido constantemente esta intervención de la Iglesia católica, negándose a toda especie de concordato con la Santa Sede, estableciendo así la completa separación de la Iglesia y del Estado, y negándose en casos determinados a concordar con ella sus leyes.

Pero yo le diré al señor ministro, que el año pasado, el Congreso de la Nación ha dictado una ley dividiendo el territorio y las diócesis en él existentes, en varias diócesis, y creando nuevos obispos. ¿Por qué no ha cumplido el Poder Ejecutivo esta ley?

¿Cree o entiende el señor ministro, y con él el Poder Ejecutivo, que puede hacer esto sin el acuerdo, sin el concordato con la Santa Sede? ¿Por qué no lo hace, pues?

¿No es verdad que estas leyes que, según tengo entendido, aunque no me consta oficialmente porque no he visto documentos públicos al respecto, han sido sometidas a la aproba-

ción, es decir, a la concordia, al concordato con la Santa Sede, previsto por la Constitución?

Esto demostrará, pues, al Poder Ejecutivo que sus teorías van abiertamente contra el sistema de la unión jurídica, de la Iglesia y del Estado, que la Constitución ha sancionado; y que por más que quiera substraerse a participar en esta forma con la soberanía moral del Pontífice, tiene forzosamente que concurrir con él en aquellas materias que se llaman *mixti-fori* en el lenguaje de los juristas.

Así se explica, señor presidente, que esta soberanía moral, y en cierto modo política de la Santa Sede, se ejerza sobre todas las naciones, y que cuando se trata de altas cuestiones políticas — aunque nosotros acostumbremos llamar cuestiones políticas solamente a las elecciones de presidente y de diputados — las naciones se encuentren, a pesar de todo, dominadas por esta necesidad y ocurran a la autoridad del Sumo Pontífice, como en la cuestión irlandesa, por ejemplo, y que Gladstone tenga que ir a solicitar el concurso, el acuerdo, la intervención, la autoridad de Su Santidad, para resolver esta cuestión, como Bismark ha tenido que hacerlo en su caso.

Esto sucede en todas las naciones.

El señor ministro no puede, entonces, pretender que es contraria al principio de la soberanía nacional esta autoridad moral, esta soberanía moral del Pontífice, y decir que ella es contraria a la soberanía nacional y que las doctrinas de la Iglesia católica son incompatibles con el principio de la soberanía popular. Si hay algo, señor presidente, que ha fundado el dogma de la soberanía de los pueblos, es precisamente la doctrina católica.

El señor ministro sabe, y ha sido esto materia de fuertes y apasionados ataques contra la Iglesia católica, que ella ha enseñado siempre el principio del «derecho divino de los reyes».

En esta forma la Iglesia católica ha sostenido el «origen divino de la soberanía popular». El derecho divino de los reyes, no es un «derecho personal de éstos, no es el derecho» divino de las personas; es simplemente el derecho divino del soberano, como soberano.

La Iglesia católica ha dicho a los reyes, como a los presidentes y a los emperadores, que ellos no son «los señores de la nación»; que ellos son «sus servidores»; y en esta forma ha negado a las personas el carácter de soberanos, en su calidad o condición puramente individual, para recordarles la condición o calidad política que invisten y en la cual son «servidores» de las naciones, únicas que vienen

a ser así «soberanas» y de quienes derivan los poderes públicos que aquéllos invisten, cualquiera sea su forma de gobierno.

Los reyes y emperadores no son sino delegados del pueblo, y al constituirlos en el deber de ejercer la autoridad en beneficio de éste y no en beneficio propio, la Iglesia ha declarado la doctrina de la soberanía popular y ha constituido el principio de la libertad en el deber, a que he hecho referencia en mis discursos anteriores.

No ha constituido la libertad en el «derecho personal» de los príncipes, de manera que éstos viniesen a ser dueños y señores absolutos del poder público, sino en el «deber» que tienen de cumplir los objetos y fines de la institución del poder social, que deriva, como lo hice notar en mi primer discurso, precisamente de Dios, fuente de toda verdad, de toda razón, de toda justicia, de toda ley, de todo derecho, de toda soberanía.

La Iglesia, señor presidente, ha fundado también el principio de la soberanía popular, al declarar este otro derecho que ha servido para algunas impugnaciones del ministro del interior contra la Iglesia católica: el derecho de las naciones para quedar desligadas del juramento de fidelidad al soberano, cuando éste ejerce la autoridad con fines contrarios a la institución social, empleándola para deprimir o esclavizar a los súbditos o ciudadanos.

Este derecho, reconocido y declarado una vez más en la última encíclica de Su Santidad León XIII, no importa otra cosa que el derecho, que diariamente proclama la democracia, de deponer a las personas constituidas en autoridad cuando falten a las reglas constitucionales con que deben ejercer el poder público.

Todo esto está consignado en la encíclica de que dí lectura en la última sesión.

La Iglesia ha reconocido, además, el derecho que las naciones tienen para cambiar su forma de gobierno, para cambiar sus leyes constitucionales según las exigencias de un nuevo estado social.

Todos estos principios fundamentales de la democracia, señor presidente, no nacen sino del principio cristiano y puede decirse que ellos no han sido conocidos en épocas anteriores al establecimiento del cristianismo en el mundo.

Creo, pues, haber demostrado de la manera más evidente que todas estas libertades, garantías y principios que la Constitución consagra son la expresión genuina de la doctrina católica, y que lejos de repugnarla en manera alguna, está ella en perfecta conformidad con la Constitución nacional, que es de esta suerte,

no sólo cristiana, como se ha reconocido ya, sino también católica, como habrá necesidad de reconocerlo.

La Iglesia, sin embargo, reconoce que la razón humana no es la soberana; reconoce que el hombre no es el primer término; reconoce que hay Dios; reconoce que hay «una razón superior»; y en esta forma, cuando se habla de la soberanía de las naciones, se habla de una soberanía en relación al gobierno civil de las sociedades humanas; pero no de un modo absoluto, y en el sentido de una absoluta soberanía que excluya la de Dios mismo.

Ahora, estos gobierno de las sociedades humanas atienden a dos órdenes de intereses principales: a los intereses temporales y a los del espíritu, o del alma, porque el hombre, señor presidente no es pura materia, está dotado también de alma y es también espíritu.

De aquí resulta que siendo una la soberanía, se bifurque, diré así, en dos ramas, y que las dos procedan y deriven igualmente de Dios, aunque alguna haya sido establecida de una manera más directa y especial, como es la autoridad espiritual de la Iglesia, o de su Pontífice, representante en la tierra de la divinidad.

De suerte que la una se ejerce en un orden puramente moral o espiritual y la otra se ejerce en el orden temporal, bajo los auspicios, una y otra, de Dios, primer principio, legislador supremo de las naciones.

De aquí viene entonces la dificultad. ¿Cómo eliminar la influencia moral de la Iglesia, la influencia moral de la religión y de Dios, y dar todo este cúmulo de atribuciones, de carácter espiritual que la autoridad eclesiástica o el poder espiritual ejerce, al poder puramente temporal, haciéndolo así árbitro, no sólo de los destinos puramente terrenos y temporales, sino también de los destinos inmortales y eternos del hombre, dándole así jurisdicción y dominio, no sólo en el gobierno de las cosas de la tierra y las pertenecientes al cuerpo, sino también en los dominios de la conciencia y del espíritu mismo?

De aquí, pues, señor presidente, que de esta diversidad o dualidad, diré, de la soberanía, que es esencialmente una, proceda que una y otra rama de la soberanía deban marchar acordes a la realización del fin humano, a la consecución de los fines racionales del hombre, que no son solamente terrenos; consultando cada una, dentro de su órbita, todo aquello que debe consultar en materia que es de su exclusiva jurisdicción; llegando a ponerse de acuerdo en aquello en que la unión inseparable del alma y del cuerpo, de lo espiritual y de lo tem-

poral, hacen necesariamente que concurren estos dos elementos de la soberanía, creando la materia de jurisdicción concurrente de la Iglesia y del Estado.

Es por esto que la Iglesia resiste el principio de separación de la Iglesia y del Estado, a que responde este proyecto; y es por esto también que la Constitución ha consagrado el principio de unión jurídica, contrario al sostenido por el señor ministro del interior, a nombre, sin duda, del Poder Ejecutivo.

En el caso presente, al tratar del matrimonio, se ve cómo estas dos jurisdicciones concurren. ¿De qué se trata en este caso? ¿Ha de legislar el matrimonio exclusivamente el poder temporal, o ha de legislar, y puede y debe legislar sobre él el poder espiritual? ¿Cuál es la línea de separación que hay en esto?

¿Puede el poder espiritual entrar a legislar sobre los «bienes» del matrimonio y sobre los «efectos civiles» de éste, que se relacionan sólo con el orden temporal?

El señor ministro, y todos con él, negaríamos redondamente esta facultad. Esto es propio de cada Estado; esto es del derecho civil de cada Estado.

Pero, a la inversa, señor presidente: ¿podría entrar el poder civil a legislar el «vínculo» del matrimonio? ¿Puede la Nación, a su arbitrio, declarar que este vínculo es de mayor o de menor duración; que el matrimonio ha de disolverse, por una causa cualquiera, a discreción y arbitrio del poder temporal? ¿Cuál es la naturaleza del matrimonio?

Esta es toda la cuestión.

El vínculo del matrimonio es un vínculo moral: atañe al espíritu más que al cuerpo. De aquí procede que no puede legislar el poder temporal sobre lo que constituye el «vínculo de unión» entre los esposos; que no puede legislar en una palabra, sobre lo que «constituye el matrimonio».

Esto es de carácter puramente moral, y no se puede, «sin desnaturalizar el matrimonio mismo», substituir al vínculo moral un vínculo «puramente legal», simplemente «jurídico».

La cuestión entonces consiste en esto: ¿puede el Estado legislar el vínculo? ¿Puede crear y constituir para el matrimonio «un vínculo» que el que nace de la naturaleza misma de las cosas? ¿Quién «constituye el vínculo» del matrimonio? ¿Es la «ley civil» o la «ley natural»? ¿Es el «derecho político» o la naturaleza misma y las leyes; o el «derecho del ser racional»? ¿Debe la autoridad pública respetar la «naturaleza moral y social del hombre»? ¿Debe «violentarla»? ¿Cuál es el «principio informativo»

del matrimonio? ¿Es el «amor» o es el «interés»? ¿Es la «razón» o es el «instinto»? ¿Es la «voluntad racional» o es la «arbitraria»? ¿Es la «libertad» o es la «fuerza»?

He aquí la cuestión, reducida a saber si «el vínculo del matrimonio» es «civil» o si es «moral», si es «religioso» o si es «ateo».

Para resolver esta cuestión, señor presidente, basta entonces estudiar la naturaleza misma de aquello que es el principio fundamental, cardinal, esencial del matrimonio: el «amor» y ver si este principio puede ser substituído por este otro: el «interés».

Establecer la diferencia entre estas dos cosas, y demostrar que el uno no puede substituir al otro, es demostrar que el poder civil no puede legislar el vínculo del matrimonio, no puede desnaturalizar el matrimonio.

El señor ministro, en su discurso, nos ha hablado del «amor»; nos ha hablado de la niña de doce años entregada a las «violencias de la lujuria»; el señor ministro nos ha hablado del «amor», cuando, refiriéndose a los impedimentos del orden y del voto, nos hablaba del «instinto y del apetito genésico». El señor ministro del interior coincidía en el estudio del principio fundamental del matrimonio, con el señor ministro de justicia y culto, que no señalaba a éste otro objeto que «la procreación de hijos».

El ministerio y el Poder Ejecutivo se han constituido así, en órganos de la escuela Fourier y de Augusto Comte, al estudiar el «amor».

Yo pregunto a los señores ministros, si el amor es para ellos una sensación o una emoción. Yo pregunto, si es un «espasmo» o es un «éxtasis». Yo pregunto si es un fenómeno puramente «fisiológico» o si es, por el contrario, mucho más que eso: un fenómeno «minutamente «psicológico».

Señor presidente: yo he tomado la definición del amor del «Diccionario Enciclopédico Español» y me da esta definición: «El amor. — Inclinación irresistible del alma hacia lo bueno, lo bello y lo verdadero, considerado en su esencia más pura». He tomado del mismo diccionario esta definición del interés: «Provecho, utilidad, ganancia, el valor que en sí tiene alguna cosa; inclinación más o menos vehemente del ánimo hacia un objeto o persona, que lo atrae y conmueve.»

Se ve, entonces, a qué distancia estamos colocados, en esta materia, del ministerio, que pretende legislar el vínculo del matrimonio, legislar las emociones del alma, y substituir todo lo que hay de más puro, de más bello, de más sublime, de más atrayente, todo lo que interesa

el espíritu y afecta la parte más noble y elevada del hombre, el «amor», y substituirlo por el «interés», por esta atracción a una persona; por esta atracción de que nos habla el señor ministro del interior, al estudiar el matrimonio, y el señor ministr de justicia y culto, al determinar los fines, o mejor dicho, el fin único del matrimonio, caracterizando uno y otro el elemento que constituye el matrimonio.

Verdad, señor presidente, que yo no creo que el amor conyugal, que forma la base del matrimonio, sea el amor puramente ideal, o el amor puramente estético de Platón; comprendo que de esta dualidad de espíritu y de materia del ser humano, ha de participar a la vez, el principio fundamental del matrimonio, que tendrá un doble carácter.

Pero, ¿cuál es el carácter principal del amor? Señor presidente, puedo decirlo francamente: todos hemos amado — y las primeras palabras de «amor» van acompañadas de un «juramento», que es la invocación de Dios, juramento de «eterna unión» de «eterna felicidad», de unión indisoluble, de unión plena y absoluta de todo nuestro ser. No se concibe el amor en otra forma; no se concibe el amor sino acompañado de esta indisolubilidad, de esta eternidad, de este juramento, de esta profesa, que pone a Dios por testigo de nuestro cariño, de nuestra admiración, de este sentimiento interno del alma que nos atrae a la mujer amada.

Este es el carácter del matrimonio, este es el vínculo del matrimonio.

El matrimonio, señor presidente, está, así, fundado en el principio característico del amor, de la «abnegación», que es el principio contrario del «interés». Está fundado, usando las palabras de la escuela positivista, en el «otroísmo», no en el «egoísmo».

Así se comprende cuán profundo sentido tiene la Biblia, a la que con tanto desprecio mira el señor ministro del interior, cuando en ella se lee que los esposos — «erunt duo in carne una», «serán una dualidad» en un solo ser, una sola alma y un solo cuerpo.

El amor es la «abnegación», si es el sacrificio de todo egoísmo, si es el desinterés, llevado a su más alta expresión, no se puede, sino desnaturalizando el matrimonio, ser substituído por el principio contrario del «interés»; el cálculo, el egoísmo, la sensación, el instinto, que es lo que precisamente vendría a constituir el vínculo civil o jurídico.

No puede, por lo tanto, el poder civil legislar, en esta parte, el matrimonio, desnaturalizándolo; como no podría el poder eclesiástico, o espiritual, legislar sobre los bienes, sobre

los «intereses civiles» del matrimonio, que son del resorte de aquél.

Esta es, pues, toda la cuestión que se trae al debate. Todo esto explica, señor presidente, el sentido profundo de la Biblia, que de modo tan sarcástico recordaba el señor ministro, cuando ella hace salir a la mujer del costado o de la costilla del hombre.

El señor ministro, en esta invectiva, sarcasmo, burla, o irrisión, que ha pretendido hacer del texto de la Biblia, no tiene ciertamente la originalidad que le es propia en otras ocasiones, en que tan hábilmente luce su ingenio.

Esta ironía sarcástica, señor presidente, nada tiene de original: es cosa vieja ya, muy vieja; es muy antigua; es una triste herencia de Voltaire; pero, Voltaire, al menos —, que no se explicaba cómo podría haberse extraído la costilla de Adán, para formar de ella la mujer —, tiene una disculpa que no tiene el señor ministro, porque aquél no vivía en el siglo XIX y no comprendía cómo esta extracción pudiera hacerse sin ser dolorosamente sentida por Adán. En todo caso, Voltaire al menos comprendía que aquello fuese un símbolo de altísimo significado, cosa que no concibe siquiera el señor ministro, según se ha expresado acerca de esto.

Como lo que yo pudiera decir sobre esta materia está tomado de un autor con cuyas ideas no quiero vestirme y que las ha de expresar con mayor claridad que yo a este respecto, el Honorable Senador va a permitirme que en oportunidad las lea.

Pero, antes de esto, quiero hacer una observación, porque el señor ministro del interior que por su profesión conoce mejor que nosotros los secretos de la vida no nos ha enseñado, en vez de lanzar una burla sarcástica de este género contra la Biblia, cuál es el origen de la mujer, cómo se formó y cómo se explica científicamente su existencia en la tierra. ¿Lo sabe el señor ministro? ¿Podría decirlo?

Las escuelas a que, por la índole de sus argumentos y de sus ideas, pertenece el señor ministro, lo dicen; pero, ¡en qué forma, señor presidente! ¡De la manera más triste y lamentable! Lo dicen de tal manera que, si puede parecer absurdo asentir en este punto a la enseñanza bíblica, treinta, cuarenta, cincuenta, cien veces más absurda resulta la enseñanza que da la escuela contraria.

Según ella, el hombre procede del mono. Las monas — es cosa para reírse — aspiraron en cierta época ciertas «auras humanas» — explíquese el que pueda lo que son estas «auras

humanas» que las monas aspiraron — y en virtud de ellas llegaron a concebir el ser humano que, según se dice, procede de ellas.

Ahora, ¿cómo se ha producido la aparición del hombre y de la mujer en la tierra? ¿Han aparecido simultánea o sucesivamente? ¿En qué orden se han presentado a la vida? ¿Qué parió primeramente la mona? ¿Un hombre o una mujer? Y, si era el hombre y posteriormente la mujer, ¿qué cúmulo de circunstancias especiales han venido a hacer que estos dos seres se reúnan para formar esta dualidad que tanto dista del ser puramente animal?

Pero, no quiero extenderme más en estas ideas, y voy ya a contestar directamente al señor ministro, con la exposición que un fraile hace de esta materia.

En la sesión pasada hice la cita de una mujer, y haré ahora la cita de un fraile, porque las mujeres y los frailes están interesados en esta cuestión. Voy, pues, a contestar al señor ministro con el abate Moigno, que, no por haber sido fraile, ha dejado de dominar las ciencias naturales a la altura de los más sabios y entendidos en ellas, en nuestros días.

En Moigno, *Esplendores de la Fe*, se lee lo siguiente:

«Creación de la mujer, compañera del hombre. — Entre todos los seres que había pasado en revista y llamado por su propio nombre, Adán, dice el relato ingenuo del Génesis, no había hallado una compañera semejante a él. Mas Dios hizo que cayera en un profundo sueño. Cuando estuvo dormido, Dios tomó una de sus costillas, llenó el vacío con carne, y de la costilla extraída formó un cuerpo en el cual infundió un alma racional, y «crió a la mujer dotada de los mismos beneficios que aquél, elevada como él al estado sobrenatural y perfecto». Ella fué el primer objeto que Dios presentó a Adán, al despertar, instruyéndole sobre la manera cómo ella había sido formada, y enseñándole que era una parte de él mismo. A esta relación y a esta contemplación Adán exclamó: «He aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne.» Formada de una costilla del hombre, y no siendo en cierto modo más que una misma persona con él, la mujer no tendrá de ninguna manera un nombre diferente del suyo; a lo cual el Señor añadió: «Por esta razón el hombre abandonará a su padre y a su madre; él se adherirá a su esposa, y serán dos en una sola carne.» Luego, dirigiéndose directamente a aquellas dos nobles criaturas, destinadas a ser su imagen sobre la tierra y los autores del linaje humano, les bendijo, diciéndoles: «Cre-

cer, multiplicaos, llenad toda la extensión de la tierra, y sometedla a vuestro imperio...»

La «razón», el dominio que ella establece sobre la materia, y que establece un abismo profundo entre el animal y el hombre.

Hay cuatro miembros en la naturaleza: el mineral que existe; el vegetal que existe y vive; el animal que existe, vive y siente; y el hombre que existe, vive, siente y piensa, es decir, raciocina, abstrae, generaliza, en fin, lo que no hace el animal.

Por eso no se explica sino por una operación directa de Dios, la creación del hombre, a lo menos en cuanto a su «ser racional».

Podremos más adelante, si hay oportunidad, hablar de la creación del hombre por intermedio, naciendo de la tierra como cualquier otro de los animales, en cuanto el hombre tiene de mero animal.

Sabida es la palabra del Génesis: «Que la tierra produzca animales que vivan sobre la tierra»; como dijo también: «Que las aguas produzcan animales que vivan en las aguas y en los aires», etcétera.

Pero sigamos al abate Moigno en lo que respecta a la formación de la mujer.

«...Ante la creación de la mujer, «la ciencia permanece muda por completo: ella es impotente para explicar la aparición simultánea de un primer hombre y una primera mujer»

«Si el hombre es el resultado del trabajo de la naturaleza impersonal e ininteligente, ¿cómo y por qué dicho trabajo hubiérase manifestado, pues, por medio de una dualidad misteriosa?

«Si el hombre nació de un mono, ¿por qué y cómo la hembra predestinada del mono antropógeno, que es uníparo, hubiera concebido a la vez dos seres humanos, varón y hembra? o bien, si ella parió un varón en primer lugar y luego una hembra, o viceversa, ¿cómo estos dos primeros seres pudieron, pues, encontrarse y adivinarse en el tiempo y en el espacio?

«Bien claro se ve; fuera de la doble creación referida por el Génesis, todo es forjar hipótesis extravagantes, tragar absurdos tan grandes como montañas, etcétera.

«Voltaire no podía explicarse de ningún modo que se hubiese podido arrancar a Adán una de sus costillas sin que él se apercibiera de ello. Esa es aún una de las objeciones que el siglo XVIII debía legar al siglo XIX. para que éste la pulverizara. Voltaire hoy veríase reducido a sostener que es superior al poder de Dios el ocasionar un sueño tan profundo como el que produce el éter o el cloroformo, que

vuelve el cuerpo humano insensible a las más crueles operaciones de la cirugía y durante muchas horas!

«La extracción de la costilla de Adán, ¿es, pues, una realidad, o como lo admitía el cardinal Cayetano, no es más que un símbolo? Antes de responder a esta pregunta, atestigüemos o recordemos el carácter especial, necesario e invariable de las operaciones divinas en cuantos ellas conciernen al hombre. Dichas operaciones son como esencialmente una mezcla de grandeza y de pequeñez, de infinito y de finito, de sublime y de rastrero, en términos de asombrar y desalentar a la vez todo entendimiento humano. Dios cria al hombre a su imagen y a su semejanza; mas él forma primeramente su cuerpo con un poco de barro y en seguida lo anima con su soplo divino. Dios cria la mujer semejante al hombre y semejante a él; mas esto lo ejecuta después de haber confeccionado su cuerpo con una porción de hueso! Dios sujeta al hombre y a la mujer a una prueba decisiva y solemne, que pone en compromiso su eternidad, tomando por intermediarios o por agentes un árbol, una manzana y una serpiente. Jesucristo vuelve la vista al ciego de nacimiento, mas no sin haber frotado antes sus párpados con un poco de barro desleído en saliva, etcétera. Tantas veces eleva o engrandece al hombre, Dios se place en empequeñecerle y humillarle, y menester es que el hombre tome su resolución. Cayetano olvidaba o desconocía ese carácter esencial de las obras divinas, cuando decía: ¿qué inconveniente podrá haber en que los objetos se hubieran presentado a los ojos de Adán, durante su misterioso dormir, del mismo modo que se ofrecen a los nuestros en las ilusiones de un sueño? Para la mayor parte de los padres y de los teólogos, lo mismo que en la interpretación común de la Iglesia, la extracción de la costilla y la formación del cuerpo de la compañera del hombre con dicho fragmento del costado, son unas realidades divinas y milagrosas ante las cuales nuestra inteligencia debe inclinarse. Empero, si no se quisiera ver en ello más que una alegoría o un símbolo, fuera preciso al menos convenir con Voltaire mismo que dicha alegoría «constituye un admirable punto de partida respecto de la divina y tierna enseñanza de la concordia que debe reinar en el seno del hogar doméstico, del afecto profundo que debe estrechar las almas de los esposos inseparablemente unidas.»

«La unidad primera de los dos cuerpos ordena y exige la unión íntima de las dos almas.

El hombre andrógono de Platón es una figura análoga; pero más refinada y menos verosímil y elocuente.»

Bien, señor presidente; esto que sirve para responder al sarcasmo del señor ministro contra la Biblia, sirve también para fundar el principio de la unión íntima que la naturaleza establece entre los cónyuges, principio de íntima unión, desinteresada y de abnegación perfecta que no puede por la ley civil desconocerse, contrariarse ni sustituirse por un principio de su invención, por el principio del interés, del cálculo, del egoísmo, sin desnaturalizar el matrimonio mismo.

Este ha sido mi punto de partida en esta discusión al tratar del matrimonio civil: que no proceda esta unión del simple consentimiento, del vínculo que obliga a cumplir la fe del contrato. Hacer de esta institución simplemente un contrato es desnaturalizarlo todo; es ponerse, señor presidente, en contradicción con la naturaleza íntima de las cosas; es ponerse en contradicción con la enseñanza de todos los tiempos de todos los siglos. Puede verse sobre esto particular la teoría de Savigni sobre el matrimonio; puede tenerse en cuenta el ejemplo de todas las naciones del mundo que ya he recordado y el carácter religioso que el matrimonio ha tenido en ellas por razón del sentimiento religioso que en sí implica el «amor», pues no es mera poesía todo esto que se dice del juramento que lo acompaña; de la eternidad a que aspira; de la indisolubilidad que en sí mismo implica; de esa especie de adoración que es en esencia el fondo religioso del amor en sí mismo.

Por eso el matrimonio es, por su naturaleza misma, religioso, y por eso en todos los grados de civilización el matrimonio ha venido acompañado de la intervención religiosa o de Dios; no precisamente de la bendición sacerdotal, como lo han expresado los señores ministros; pero sí de la invocación de la divinidad en cualquier forma, según los diversos grados de civilización de los pueblos, con sus divinidades y ritos más o menos torpes en ciertos momentos y más o menos espirituales y nobles en civilizaciones más elevadas y más espirituales.

Y tanto es esto así, señor presidente, que el mismo señor ministro del interior se ha visto a su pesar, obligado por el medio espiritualista en que vive, se ha visto obligado, a pesar suyo y contra su propio modo de pensar, a decir y reconocer el carácter religioso del matrimonio al hablar de la bendición del padre, que en su concepto basta para santificar el matrimonio. Esa bendición del padre, ¿qué significa? La

bendición de Dios indudablemente; la bendición de Dios, que el señor ministro cree que basta se dé por el padre, reconociendo así el carácter religioso del matrimonio; eso es lo que he venido sosteniendo siempre y eso no se puede substituir por la «inscripción» fría y seca del matrimonio en el Registro Civil y la declaración de la voluntad egoísta en un contrato puramente civil, para el cual el señor ministro no exigiría la invocación de Dios al extenderse el contrato ante el oficial del registro.

Este es el punto fundamental de esta discusión.

Es por esto, señor presidente, que el sacramento no está en la bendición del sacerdote, como parece creerlo el señor ministro; y ante todo, hablar del sacramento, es hablar única y exclusivamente del matrimonio en ciertas comuniones cristianas que creen en él. La Iglesia protestante, en general, no reconoce en el matrimonio un sacramento, pero lo reconocen la Iglesia católica y la Iglesia griega.

Las naciones sometidas a la Iglesia católica y a la Iglesia griega confiesan que el matrimonio es sacramento; para los disidentes y reformistas no es un sacramento; pero para todas, señor presidente, «para todas» las comuniones cristianas, el matrimonio es, por lo menos, un acto religioso.

Por esto es que, en todas las comuniones disidentes, es el respectivo pastor o ministro quien bendice la unión conyugal en las naciones protestantes.

A designio, señor presidente, yo no he querido tratar esta cuestión del punto de vista limitado del sacramento cristiano, y de la doctrina de la Iglesia católica sobre este particular. No lo he excluído de mis observaciones; pero lo he comprendido en una generalidad que abarca todas las sectas cristianas, y aun paganas, al hablar sólo del carácter religioso del matrimonio en todas las naciones.

Yo voy a hablar ahora del sacramento y del matrimonio, ya que especialmente sobre esto se quiere hablar; pero yo debo decir algo antes, contra las afirmaciones del señor ministro. Decía él, que hoy, todos los pueblos civilizados tienen el matrimonio civil. No es verdad, señor presidente. Entre las naciones se encuentran algunas, muy pocas con relación al resto de las demás naciones del mundo, que tienen el matrimonio civil; pero, en todas ellas, aun en las que en estos últimos años se ha establecido el matrimonio civil, conserva siempre el matrimonio su carácter religioso.

Acabo de decir que en todas las naciones en

que domina la influencia de la Iglesia católica o de la Iglesia griega el matrimonio es un sacramento; en las naciones protestantes no se le conoce el carácter de sacramento, pero es siempre un acto religioso; en las naciones paganas tiene también este carácter religioso; y esto sólo basta para excluir el carácter puramente civil, puramente legal, nada más que legal, que se le atribuye por el proyecto, basándolo así sobre el interés y el cálculo egoísta.

Si, como acabo de establecerlo, es intrínsecamente imposible que, sin desnaturalizar el matrimonio, la ley civil pueda llevar su acción a aquello que por naturaleza constituye el vínculo del matrimonio, es claro que la ley civil tiene que tomar el matrimonio tal cual es *in se y per se*, y declararlo así a los efectos del derecho civil, legislando con la más amplia libertad que se quiera, todo lo que cae bajo su respectiva esfera de acción; pero únicamente lo que cae bajo esta esfera de acción. Más en cuanto al vínculo, este que es un sacramento; este vínculo que fué elevado después de la venida de Jesucristo, a la dignidad de sacramento de la nueva ley, y dotado de gracias especiales para los cónyuges; gracias que no proceden de las palabras del sacerdote, ni del número de testigos que asistan al acto; porque en este sacramento, el ministro está en los mismos contrayentes, según la opinión general de la Iglesia; es claro que queda el matrimonio siendo del resorte exclusivo de la autoridad espiritual de la Iglesia, que administra esta gracia y sacramento inseparable del vínculo.

Y es claro también que la Iglesia puede así legislar en materia de impedimentos del matrimonio, y concurre en esto con el poder civil que puede asimismo, legislar sobre esto como querían el señor ministro del interior y el señor ministro de culto, según los cambios y exigencias de los tiempos, que hagan necesaria la reforma legislativa. Aquí concurren las dos potestades, las dos soberanías.

El señor ministro del interior, coincidiendo en propósitos con el señor ministro de culto, fundaba la eliminación de los impedimentos del voto de castidad y orden sagrada, contrariando los cánones, la disciplina y el espíritu de la Iglesia, los altos fines de carácter social y de mayor perfección individual que motivan su existencia en la legislación canónica.

Aunque no fuera más, señor presidente, que la consideración de que la legislación del país no debe fomentar este género de deserciones y de apostasías en las personas obligadas a mantener en este punto la fe prometida con arrojo

a los deberes del propio estado, basta para demostrar que el proyecto es en esto inmoral. No se hace ni puede hacerse honestamente esto de sugestionar a un centinela, la deserción de su puesto o la violación de su consigna; o estimular en el empleado fiscal la falta de cumplimiento al deber libremente contraído, en el ejercicio de su ministerio público; y esto, que digo del centinela o del empleado de aduana, debe decirse del sacerdote, del que está comprometido con un voto solemne, o del que tiene en su religión cierto género de obligaciones libremente contraídas, y que la ley debe respetar y garantizar: no se le puede sugestionar la deserción, dándole facilidades para hacerlo, y amparando o cobijando tal acción con la ley. Esto es prohibir la inmoralidad de un acto, que no puede dejar de ser reprobado por la moral social.

No sé cómo el sentimiento delicado de moralidad de los miembros del Poder Ejecutivo no se aperece del mal que hay en esto, aparte de lo inconstitucional que es en sí mismo, porque, estando, como están, las instituciones de la Iglesia católica bajo el amparo y salvaguardia de la Constitución, como consecuencia del sostenimiento del culto, tal cual es por las instituciones canónicas, es deber del Estado sostenerlas y fomentarlas en su espíritu y régimen establecido, siendo contra el propósito de la Constitución tratar de desnaturalizar y romper las reglas de los institutos monásticos, y contrariar la disciplina de la Iglesia en su clero secular. Esto es ir manifiestamente contra los fines de la Constitución, y desde este punto de vista también es institucional y defectuoso este proyecto.

El señor ministro del interior, que no ha dejado, como su colega de culto, mucho de lo que hay de respetable y sagrado, que no haya empuñado de un modo o de otro, ha tratado mal también a la mujer.

El nos ha reproducido la mitad del pensamiento de José de Maistre, cuando nos habló de las aptitudes de la mujer para las grandes obras, y nos dijo reproduciendo a aquel: ninguna ha hecho una obra verdaderamente maestra, no ha escrito «La Iliada»; no ha hecho el Apolo del Belvedere; no ha construido una de nuestras grandes Basílicas, etc. El señor ministro allí no más se detenía, pero no concluía el pensamiento de Maistre que yo voy a terminar con una frase y en una forma diversa de la de aquél, y que está estereotipada en mi cerebro por lecturas de muchos que han escrito sobre este particular. y es ésta: «Si queréis

pueblos grandes y virtuosos, educad a la mujer en la grandeza y la virtud».

Este pensamiento me parece que es de Rousseau; pero está repetido en cien autores y se traduce en estas palabras que yo quiero dejar consignadas en esta sesión; palabras de un amigo, y condiscípulo mío, liberal como el señor ministro del interior, tan inteligente como valiente, hombre que habla poco, que escribe menos, pero que piensa mucho. Todo el pensamiento de Maistre se expresa perfectamente con esta dedicatoria, que encabeza la traducción de la obra de Samuel Smiles *El carácter* por mi distinguido amigo el general Estelmirro Mayer y dice así: «A Dolores Posadas de Mayer. — Madre mía: te dedico la traducción de esta obra, en que tan amena y sabiamente están expuestos los principios que siempre has inculcado en el espíritu y en el corazón de tus hijos».

Quiero que quede en el acta el pensamiento de Mayer que se reduce a decir: el carácter de una nación lo forma la mujer y esta es la «obra maestra» y más perfecta que puede encontrarse sobre la tierra. (*Aplausos*). El señor ministro del interior ha tratado a la mujer en otra forma.

Yo diría de ella lo que decía Sieyès del tercer estado: «¿Qué es el tercer estado?» — «Nada» ¿«Qué debe ser?» «Todo.» — ¿Qué es la mujer? Aparentemente nada. ¿Qué es en realidad? ¡Todo! Ella es la Nación: ella forma el carácter de los pueblos. Este pensamiento coincide con los anteriores, y demuestra, contra las conclusiones del señor ministro, que si la mujer no sabe hacer obras maestras de aquel género, sabe por lo menos, como Emilia Pardo Bazán, hacer la reseña histórica de una edad como la edad media, con tanta perfección que merezca, no de sus iguales, sino de los que el señor ministro cree sus superiores en inteligencia, constancia, carácter y resolución; merezca, digo, la aprobación de los hombres más eminentes y sea laureada por la Academia española.

Yo me imagino que las palabras del señor ministro no tuvieron otro objeto que desautorizar esta cita que hice de la obra de la señora Pardo Bazán y a que por su sexo mismo, di preferencia entre otros autores que traje a la Cámara para contestar al señor ministro de justicia y culto en el estudio que él había hecho, superficial y ligero, de la edad media.

Señor presidente: ya casi no voy recordando qué otros argumentos hizo el señor ministro del interior. Me sería grato que él los precisara para contestarle, si algunos dejo olvidados, por-

que su discurso, si bien ha sido extenso, ha sido sumamente ligero y superficial.

Nos ha hablado de los jesuitas. Todo lo que a este respecto nos ha dicho, se reduce a esto: no sirven para nada, pero son los mejores educacionistas del mundo!

La importancia de los jesuitas está probada por la historia, y yo podría citar en mi apoyo, al señor ministro, una lista de autores que hablan de ellos en los términos más favorables, tomándolos, no de hombres que pertenecen al catolicismo, sino de hombres de los más liberales, y aun declarados enemigos de ellos.

Nos habló de la supresión de la orden de los jesuitas y de su expulsión por los gobiernos de América y de Europa.

Yo puedo recordar las célebres palabras de Ganganelli, que explican por qué fué suprimida esta orden cuando aquél dice: *compulsus feci!*

Lo hizo obligado por las exigencias de la política, después de larga resistencia, pues, no quería hacerlo.

Mucho puede decirse de los jesuitas como educacionistas, como patriotas, como promotores de la civilización en las cinco partes del mundo; pero ahora quiero simplemente recordar que fueron los emperadores protestantes, los que principalmente se opusieron a la supresión de ellos en Europa, y los que rehusaron dejarles salir de sus Estados, cuando esa supresión se ordenó.

Ruego al señor secretario se sirva leer este índice o nómina de los monarcas y autores que han reconocido la importancia de los jesuitas o han escrito favorablemente acerca de ellos.

Sr. Secretario. — (*Leyendo*):

Los jesuitas

«Juicio de Federico de Prusia sobre los jesuitas en sus cartas a Voltaire. De Catalina II de Prusia, la amiga de Voltaire y la protectora de Diderot.

«De la emperatriz María Teresa de Austria.

«Juicio de los reyes y grandes capitanes de Francia, sobre el patriotismo de los jesuitas y de eminentes autores.

«Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III, Enrique IV, Luis VII, Luis XIV, Luis XV, Napoleón I, Luis XVIII, Carlos X, Luis Felipe. Conceptos del conde de Marista, del rey de Polonia, de Mirabeau, del duque de Levis, par de Francia, director de la academia francesa.

«Del historiador Lingent, de Deán Muller,

de Duclós, de Laharps, Chateaubriand, Pierre de Yong, Dallas, protestante inglés.

«Conde de Turena, mariscal Bugeaud, general Lamoriciere, general Cleonard, general Palissier: general Palikao, mariscal de Loiret Arnaud».

Influencia benéfica de los jesuitas en la educación

«Juicio de Bacón y de Grantis, de Cretineam, Joly, Napoleón I, de Voltaire y de D'Alembert, cardenal Maury, Corneille de M. de Lize, Talleyrand, rey Carlos Alberto, Roger, Collard, Jules Ferry, Dupin, Paul Féval, Monsieur de Monbet.»

Los jesuitas y la civilización

«Testimonio de Giradin, Fenelón, Macaulay, Fernando II, Leibnitz, Beauvoir, Salvetti, Callard, Baitebot, lord Macortney-Ranke, Garnier, Baucorft, Parman, Sparks, Champlain, Raynal, Montesquieu, de Maistre, Gioberti, etcétera.

Sr. Pizarro. — Bien. Para dejar establecido el concepto que la humanidad tiene de esta institución, me basta con eso: basta con haber hecho leer algunos de los nombres de las personas que juzgan de ella benévolamente bajo los diversos aspectos que he indicado del patriotismo, de la educación, de los servicios prestados a la civilización en todas las ramas de la ciencia, las artes, la industria, etcétera, recordando sus misiones en las cinco partes del mundo y el gobierno que han hecho algunas veces en ellas, así como su moral indiscutida e insospechada siempre.

De manera que todos estos cargos, que alguna vez se han formulado a la corporación, sin que jamás se haya podido indicar el hecho especial al mal proceder de un jesuita; porque, repito, es su moral la más pura y su educación la más culta, tan culta que el mismo señor ministro del interior se ha visto obligado a reconocerla; sin embargo de esos cargos, digo, dos hechos prueban lo contrario.

Queda, pues, en esta parte, borrada la impresión, porque no otra cosa que impresiones ha podido dejar el discurso del señor ministro, que, con su palabra, por otra parte galana y fácil, haya podido producir en la Cámara.

Otro de los puntos que el señor ministro del interior ha atacado, pero no de una manera racional y científica, sino simplemente con el sarcasmo y con la burla, es el relativo al Arca de Noé, su capacidad, el modo de reunir la

fauna del mundo en ella, sin excluir ni los microbios del cólera.

El señor ministro, según se expresó, establecía que el microbio del cólera era de una época antediluviana.

Esto me parece que tal vez pudiera comprometer un poco al señor ministro en su autoridad y concepto profesionales.

¿Hay prueba cierta de que el microbio del cólera haya existido en época de Noé? ¿Puede afirmarlo el señor ministro? Yo entiendo y me parece que no. Por las condiciones de la vida, el microbio del cólera corresponde, sin duda, a una época más reciente.

No sé si estoy equivocado; pero la profunda instrucción del señor ministro, que yo respeto, puede sacarnos de este error, pues estableció la antigüedad antediluviana del microbio (*crisas*) del cólera, cuando habló de salvarlo en el Arca de Noé.

Pero, en fin, dejemos esto de los microbios, y los otros chistes relativos a la dificultad de tener juntos animales domésticos, que generalmente se hacen la guerra, como los de presa que se tienen y conservan en familia sin las dificultades ni grandes cuidados que el señor ministro suponía tratándose de reunirlos en el Arca. Dejemos también esto fuera de debate, y hablemos ya de lo relativo a la capacidad, y condiciones del Arca de Noé; y no hablemos de si los hijos de éste fueron a las extremidades del mundo a recoger los diversos individuos que constituían la fauna de aquel tiempo, porque el texto bíblico excusa esta diligencia de parte de Noé y de sus hijos.

El texto bíblico expresa que él tomaría los animales que había de meter en el Arca, como el pastor los toma del rebaño reunido, lo que excusa la diligencia de ir a buscarlos, pues que ellos vendrían a sus manos.

Y esto nada tiene de extraño, pues se sabe que los animales no siempre han huído del hombre; en los primeros tiempos del mundo, al contrario, han sido amigos del hombre y hoy mismo, en regla general, no hacen daño ni disparan si el hombre no los hostiga.

Pero vamos a esto, a la capacidad del buque para contener la fauna, que es lo mas trascendental de la sarcástica observación del señor ministro.

Aunque hay diversos modos de demostrarlo, yo no voy a usar más que uno, que es el matemático, o de los números; y, como esta demostración tampoco me pertenece, citaré también en esta ocasión al abate Moigno, que contesta a la observación que ha reproducido el

señor ministro, pues sus objeciones a la *Biblia* son viejas, muy viejas, están pasadas en autoridad de cosa juzgada: pueden impresionar en un momento, en un chascarrillo, en una conversación ligera, pero no hacer efecto en una discusión seria, y como materia científica o de investigación, porque, repito, esto es muy viejo.

Ruego al señor secretario lea la parte referente a la demostración matemática a que acabo de hacer alusión.

Sr. Secretario. — (*Leyendo*): «Empero pasemos ya al cálculo de la cabida del Arca, a la demostración matemática de su plena y entera suficiencia. Dicho cálculo ha sido hecho varias veces entre otras por monsieur Le Pelletier de Ruan, por el reverendo padre Journer, en su *Tratado de hidrografía*, etcétera; y Deluc decía ya en sus primeros ensayos: «Yo conozco los cálculos por los cuales se ha demostrado que el Arca podía contener un par de todos los animales, y considero dichos cálculos exactos.» En efecto, reducida a la forma de un cubo, el Arca tendría una capacidad de 450.000 codos cúbicos, capacidad enorme, si se la compara a la de las dos grandes galerías que en el Museo de Historia Natural de París, contienen la casi totalidad de los animales y aves del globo. He aquí, por lo demás, el cálculo y razonamiento de monsieur Le Pelletier reproducidos por el abate monsieur Maupied, sabio muy competente; monsieur Le Pelletier hacía el codo de 20 pulgadas francesas 0,54,1 centímetros. Pues bien, 20 pulgadas multiplicadas por 300 hacen 6.000 pulgadas o 500 pies de largo.

50×20 arrojan 1.000 pulgadas, o en números redondos, 83 pulgadas de ancho.

500 pies × 83 pies hacen 415.000 pies cuadrados por piso...

Sr. Pizarro. — El señor ministro de hacienda, que es tan fuerte en números y cálculos, podía ayudar a su colega en esta materia. (*Risas*).

Sr. Secretario. — ... y había tres de ellos sin duda con un fondo de cala.

«Su elevación era de 300 codos: demos al fondo de cala 5 codos o 15 pies; al primer piso 7 codos, al segundo 5 y al tercero 8 de alto.

«El fondo de cala hubiera tenido así 500 × 83,15 ó 622,500 pies cúbicos; podía contener, pues, 622,500 pies cúbicos de provisiones de toda especie.

«Respecto del tercer piso que tenía 8 codos ó 13 pies y 14 pulgadas de altura, supongamos en el techo una inclinación de 6 pies y 4 pulgadas, y tendremos 7 pies para la parte infe-

rior, cuya capacidad será 500×83×7 ó 290,500 pies cúbicos.

«La capacidad de la parte superior, si ella era rectangular, sería 500×83×5 ó 290,500 pies, que nosotros reduciremos a la mitad 145,250 pies, para tener en cuenta la inclinación del techo. Las dos partes inferiores y superiores reunidas arrojarán en junto 415,000 pies cúbicos, y el tercer piso o puente 415,000 pies cúbicos, lo cual forma para las provisiones un total de 1.037.500 pies cúbicos o en cifras redondas, 383.510 hectolitros.

«El primero y el segundo piso pudieron haber estado reservados para los animales. Pues bien, el primero tenía 41,500 pies cuadrados; concediendo por término medio a cada animal un cuadro de 6 pies de lado ó 36 pies cuadrados, lo que es mucho conceder, se tendrían alojados holgadamente al menos 1.152 individuos, o sea 570 especies o pares.

«En el segundo piso consagrado a las aves y a los animales pequeños, podía concederse a cada individuo a lo más 4 pies, y puesto que su superficie es de 41,500 pies cuadrados y su altura de 16 pies, puede suponerse que contuviera tres pisos de jaulas; cada puente habría podido albergar cinco mil ciento ochenta y siete parejas o especies, y los tres pisos juntos, quince mil quinientas setenta y una especies.

«Podemos admitir que el espacio que habrá podido economizarse, reuniendo en una misma jaula las especies del mismo género, bastaba de sobra para alojar mil especies de aves, o 16.000 especies de insectos, concediendo a cada insecto 18 pulgadas cúbicas.

«De esta suerte llegamos a inferir que 16.137 especies de animales, mamíferos, aves y reptiles y 16.000 especies de insectos hubieran podido vivir con 383.510 hectolitros de comida, lo cual aseguraba a cada pareja un promedio de 23 hectolitros de lo que hay para alimentar a un hombre durante dos años dejando 12.378 hectolitros para los 16.000 insectos.

«Probado está, pues, que el Arca podía con tener 15.561 especies de animales grandes y pequeños, y 16.000 especies de insectos. Pues bien, el cálculo hecho con el mayor cuidado por el abate monsieur Maufried, según Buffón, Linneo, Cubier y de Blainville, arroja para los seres verdaderamente aéreos o terrestres, que debieron tomar asiento en el Arca, doblando la misma cifra de Linneo, 4.620 especies. Es, por lo tanto, absolutamente cierto que el Arca podía sobradamente contenerlas.

«Rehaciendo a su manera dicho cálculo, y donde igualmente al codo de Moisés una longi-

tud igual a 20 pulgadas, el vicealmirante Thevenard sacaba esta conclusión. Los 300 codos del Arca dan 500 pies de largo; los 50 codos, 83 pies de ancho los 30 codos, 50 pies de elevación. Estas tres dimensiones componen un volumen de 2.075.000 pies cúbicos. Repartiendo dicho espacio entre todos los individuos que debían habitar el Arca, reservando 1.900 pies cúbicos para cada hombre, valuando el número de las especies de mamíferos y aves a 2.284.500 individuos, cifra verdaderamente exagerada, y concediéndoles 285.195 pies cúbicos, para que estuvieran con holgura, el tercio de la capacidad del Arca habría quedado libre para las provisiones de toda clase.»

Sr. Presidente. — He permitido la lectura de esto, para no estorbar al señor senador en su discurso; pero, debo recordar que hay una prescripción del reglamento que ordena que no se puede dar lectura de un escrito sin permiso de la Cámara.

Sr. Pizarro. — He pedido permiso y se me ha acordado tácitamente.

Sr. Presidente. — Voy a recabar el permiso de la Cámara.

Deseo saber si la Cámara no se opone.

Sr. Pizarro. — No, señor; basta con lo leído. Quiere decir que no se desea saber lo demás, pero, está explícito, no está concluido, más... ¿Está concluido, señor secretario?

Sr. Secretario. — Sí, señor.

Sr. Pizarro. — Bien; si falta algo se puede ocurrir a Moigno. Yo lo presento, y se encontrará en él más de una demostración, porque hay otras.

Bien, señor presidente. Esto estaba contestado también por el periódico católico «La Unión», que ha hecho el arqueo de este buque y ha demostrado su capacidad para contener la fauna de aquella época. Podía contenerla tomando el cuadro de Linneo duplicado y hasta triplicado.

No sé qué otro punto importante puede quedar ya del discurso del señor ministro, si él no me hace el favor de recordármelo... Bien; no queda entonces sino el principio, por donde voy a concluir.

El señor ministro comenzó por hablar de la oportunidad de este proyecto y ha necesitado casi un tercio de su discurso, para demostrárnosla. Pero, el señor ministro ha podido ahorrar este trabajo, porque desde el primer momento yo dije que este proyecto venía en su preciso instante; no ha tenido, pues, necesidad de demostrarlo: viene en su momento histórico!

Yo dije más: este proyecto, dije, habría sido un anacronismo en cualquiera otra época de nuestra historia; él no responde a nuestra actualidad social, pero responde exactamente a nuestra actualidad política.

El señor ministro ha tomado estas palabras con espíritu sutil y dice: «Este proyecto habría podido darse y no sería un anacronismo ni con Rivadavia, ni con Mitre, ni con Sarmiento, ni con Urquiza, ni con Avellaneda, ni con Roca, «en el segundo, como en el primer período de su gobierno», y no recordaba que todos estos señores, ya por razón de la persona del presidente o de sus ministros, habían constituido en la República gobiernos liberales: de aquí deducía que este proyecto hubiera podido darse muy bien con Rivadavia, gran caudillo liberal, y con todos los demás, sucesivamente.

Si se ha podido, y, como el señor ministro nos decía, ha debido darse, antes de ahora esta ley, de tal suerte que estemos retardados en hacer, a la República Argentina el presente que hoy se le hace, ¿por qué no se dió en ninguna de las épocas referidas? Si debió darse y pudo darse, por razón de sus hombres ¿por qué no se dió? Porque respetaban — y este era mi argumento —, respetaban la opinión pública, el sentimiento religioso del país, la voluntad nacional; y, aunque liberales en orden a sus convicciones individuales y teniendo las ideas que quiere atribuirles el señor ministro, ellos se creían en el deber de respetar al país y no pretendieron tener el derecho de imponerle sus ideas como ley.

Pero, el señor ministro, haciendo esta historia, llegó hasta establecer que aun en la época primera del gobierno del general Roca, esta ley hubiera podido darse, desde que «ocupaba el ministerio un distinguido abogado, que mandó cerrar la Catedral.»

Yo no sé si estas palabras del señor ministro debo atribuirles — y no puede ser de otro modo ni hay derecho para juzgar otra cosa — a un simple error; pero, el señor ministro del interior, que ha servido antes la cartera de culto, ha tenido todos los documentos relativos a este asunto, y no puede haber incurrido en este error, sino por razones de una negligencia muy culpable.

En el gobierno del general Roca no se mandó cerrar las puertas de la iglesia Catedral; el ministro que servía en aquella época no «mandó», como lo asegura el señor ministro del interior, cerrar las puertas de la Catedral. El gobierno hizo en aquella época algo semejante — y creo haberlo recordado en otra ocasión —

a lo que el Pontífice Pío IX hizo respecto a los honores fúnebres de Montalembert, que el gobierno francés, con designios de política, trataba de celebrar en Roma. Los mandó suspender; aunque él mismo los celebró un tiempo después en otra iglesia: convenía a la política pontificia excluir en aquel momento la acción del gobierno francés en las honras fúnebres de Montalembert.

Motivos de política también aconsejaron al gobierno del general Roca, en la época a que se refería el señor ministro del interior, a solicitar, por una nota atenta, a la autoridad eclesiástica, que ella suspendiese los oficios fúnebres que debían celebrarse en la iglesia Catedral. A la negativa de la autoridad eclesiástica, el gobierno respondió con observaciones atentas de todo género, para decidirla a tomar esta medida. Había interés político positivo, en impedir aquella manifestación en momentos en que se trataba de fundar un nuevo orden de cosas y cuando todavía humeaban, puede decirse, los muros de circunvalación de esta ciudad con los fuegos del combate.

Declaro que si diez veces me encontrara en la misma situación en que entonces me encontré, tomaría la misma medida, para impedir aquel acto por los medios constitucionales y legales que entonces se emplearon.

¿Cuáles fueron éstos? El ejercicio de la misma autoridad eclesiástica. Las puertas de la Catedral se cerraron en virtud de un acto de la autoridad eclesiástica, no de un acto del gobierno; la iglesia fué declarada en entredicho por la autoridad eclesiástica del delegado apostólico, y por este motivo, cesando todo servicio religioso, no se abrieron las puertas de la iglesia.

El señor delegado apostólico, autoridad superior, que requirió al señor arzobispo la suspensión de los funerales y que fué desatendido por éste, procediendo en ejercicio de la autoridad eclesiástica que investía como tal delegado apostólico, declaró el entredicho de la iglesia. Protesto contra este hecho completamente el ceremonial. Por eso no se celebraron las honras fúnebres que se trataba de celebrar en la Catedral.

«El gobierno mandó cerrar las puertas de la iglesia». Protesto contra este hecho completamente inexacto, completamente en desacuerdo con los actos del ministro que en aquella época, y en la memoria anual del ministerio, hizo profesión de las ideas que está ahora defendiendo como senador, y sostuvo contra la influencia del hoy señor ministro de culto, en el

claustró de la Universidad de Córdoba, la restitución de la Facultad de Teología a esa Universidad; la libertad del nombramiento de profesores del Seminario de Córdoba, y proyectó el concordato cuya iniciativa suscribió el general Roca.

En una palabra, para saber que este proyecto no se habría presentado en el primer período del gobierno del general Roca, como lo supone el señor ministro, basta decir que el ministro entonces era yo! (*Aplausos*).

Sr. Ministro del Interior. — Pido la palabra.

Sr. Pizarro. — No he concluido todavía.

Señor presidente: este modo de demostrar la oportunidad de este proyecto por el señor ministro del interior, como se ve, a nada conduce, ni prueba que el proyecto sea necesario, ni menos oportuno.

El ha iniciado otro género de demostraciones, tomándolas de las manifestaciones de la prensa en favor del proyecto. Declaro que este género de demostraciones sirve para establecer algún indicio. Si las manifestaciones de la prensa fueran unánimes, traducirían y reflejarían realmente la voluntad popular; pero cuando estas manifestaciones de la prensa responden a los diversos matices de la opinión, no tienen más importancia que la que tiene la palabra del señor ministro frente a la palabra del que habla: son las opiniones individuales de dos personas, que no reflejan por sí mismas la opinión general.

De mí, sin embargo, puedo decir, por razones explicables que ya he expresado, que lo que ahora defiendiendo son las ideas, el sentimiento y la voluntad de la Nación.

Ante la prensa liberal están los órganos de la prensa católica, que protestan contra este proyecto de ley, y están también todas las manifestaciones del clero y del pueblo, de que antes he hablado, y, más que todo, hay este argumento que no se ha contestado: el argumento hecho con las cifras y con la estadística, y las leyes mismas del Congreso, con el número de iglesias que se construyen; la dotación de los presupuestos para los seminarios que se subvencionan; todo lo cual demuestra el carácter eminentemente católico de la Nación. Con cifras: esta es la manera de contestar; en la época de la cifra, lo que habla es el número, es la estadística, es la cifra.

No doy, pues, a estas manifestaciones de la prensa liberal otra importancia que la que en sí tienen.

Debo decir, por otra parte, que el carácter mismo de la cuestión, que se suscita, es, como he dicho, el de guerra social, lo cual hace acaso

perder la independencia de los escritores para juzgar de la oportunidad misma de este proyecto.

Esta es una ley de guerra social: el anuncio de esta ley importa tanto como el toque de generala a los soldados de la revolución social, para formar al pie de su bandera; bandera que no llevan en sus manos los escritores de la prensa, sino que tienen que concurrir a defenderla allá donde ella se encuentre en manos del que es jefe de la cruzada, en manos del que determina la oportunidad y el modo de hacer la guerra: obedeciendo al jefe que conduce y dirige la política en este sentido.

Este proyecto se inició en la época del gobierno del general Roca. El Poder Ejecutivo tenía el proyecto redactado y el mensaje también, según nos lo ha dicho el señor ministro del interior. ¿Por qué no se presentó entonces, si era oportuno y estaba todo hecho? Porque el general Roca, genio altamente político, tomaba estas cuestiones con un fin determinado de política nacional, y él las conducía, impulsando o moderando el movimiento, levantando o bajando la bandera, para hacer servir a su designio y según convenía a sus planes a los que como hoy, vienen a apoyar este proyecto. No lo daba si no le convenía. Le convino alguna vez, con motivo de elecciones presidenciales, fijar en Córdoba el carácter del espíritu liberal. Entonces se suscitaron las cuestiones sobre seminarios, pastorales de los obispos, etcétera, para decir: el espíritu liberal no está ya en Buenos Aires; está en Córdoba, y el candidato ha de salir de allí.

Todos los que subscribieron en aquel momento estos movimientos del liberalismo; todos los que subscribieron ese movimiento antisocial, ahogando el espíritu público que reaccionaba contra él, contribuyeron a ser vencidos más tarde, y a fundar la situación en que, los hombres de oposición en la prensa liberal, se encuentran hoy: en situación de inconsecuencia, reconociendo y diciendo día a día que la falta de libertad para las elecciones y el falseamiento del sistema electoral ha dado una representación espuria a la Nación, y que, sin embargo, la Nación en su representación actual es legítima y genuina para dar esta ley; lo que los coloca en una posición falsa, en una completa contradicción.

Yo no sé, señor presidente, cómo podrán mañana, cuando se les llame en nombre de la separación de la Iglesia y del Estado a efectuar la ya anunciada reforma de la Constitución, yo no sé cómo podrán oponerse y dejar de formar también, como hoy, al pie de su bandera, sos-

teniendo este principio de la separación de la Iglesia y del Estado. Irán allí como soldados, la reforma se hará, y habrán puesto una cadena de cincuenta años al país en esta forma, sometiéndose a la voluntad exclusiva de los que dirigen en estos momentos los destinos de la República.

Creo, señor presidente, que he dicho lo bastante al respecto y voy a concluir, repitiendo las palabras de Julio Simón: «Cada triunfo del liberalismo es un triunfo de los enemigos de la patria.»

He dicho. (*Aplausos y vivas*).

—Se hace desalojar la barra.

—Se pasa a cuarto intermedio.

—Vueltos a sus asientos los señores senadores, dice el:

Sr. Presidente. — Continúa la sesión. Tiene la palabra el señor ministro del interior.

Sr. Ministro del Interior. — Señor presidente: me voy a limitar a ligeras rectificaciones, dejando el campo a mi colega de culto, el que con más derecho debe tratar esta cuestión, y la ha tratado y la tratará con todos los elementos de su erudición.

Me he tomado la libertad de pedir la palabra, antes que él, por que no voy a hacer un discurso; me voy a limitar a simples rectificaciones, como he dicho.

El señor senador parece que no ha encontrado bien mi afirmación respecto a la clausura de las puertas de la Catedral. Yo no he dicho que esa clausura fuese hecha violentamente, ni que sin derecho; al contrario, he aprobado esa clausura.

Me basta para sostener que no he dicho una inexactitud, hacer notar lo siguiente. Esa clausura no fué una medida espontánea del poder eclesiástico, sino que fué una medida indicada en una forma que tenía todos los caracteres de imperiosa.

El Poder Ejecutivo no iba a consentir que se hiciera la ceremonia religiosa que trataba de hacerse en la Catedral. Esto basta.

Lamento mucho que el señor senador haya dado a sus palabras un tinte nuevo de oposición política, porque me pone en el caso de distraer a la Cámara un momento más, para refutar las aseveraciones del señor senador.

Las rechazo en nombre de la dignidad nacional; las rechazo en nombre del gobierno anterior al cual he servido, del gobierno actual al cual sirvo; las rechazo en nombre de la digni-

dad personal del que era entonces presidente, y del que lo es actualmente. El carácter de uno y otro, no admite ni que el uno haga imposiciones, ni que el otro acepte ser impuesto.

Además, de las mismas palabras del señor senador se deduce la inverosimilitud de lo que afirma.

Dice: el presidente Roca era un hombre político, no pensó oportuno presentar este proyecto, y, a renglón seguido, añade: localizó en Córdoba el espíritu liberal, para imponer un candidato en oposición a Buenos Aires.

Si era un inconveniente el proyecto porque era liberal, ¿cómo es que se encontraba más fácil localizar en Córdoba el sentimiento liberal para hacer surgir de allí, no digo un proyecto, un presidente?

Una de las dos afirmaciones es falsa: o el pueblo tenía un educación completamente liberal, y podía presentarse cualquier proyecto, o no se hizo aquel liberalismo ficticio en Córdoba, para formar un presidente.

Rechazo, además, la idea de imposición, en nombre de la dignidad del pueblo. La elección del señor Juárez Celman ha sido hecha casi por unanimidad en la República, y yo personalmente, yo, he visto el movimiento liberal que lo ha levantado y que lo sostiene, sin que pueda decirse que en un solo momento ha habido una nota, una orden, una imposición de ninguna especie.

Los ministerios han estado a cargo de personas no siempre amigas del doctor Juárez; el ministro del interior, no siempre fué amigo del señor Juárez.

No se hace una imposición con el solo pensamiento. La imposición entre los hombres y para los pueblos necesita armas, proclamas, elementos de guerra, opresión, encarcelamiento; ¿qué ha habido de esto?

Sr. del Valle. — ¡Todo!

Sr. Ministro del Interior. — Desearía que el señor senador hiciera la enumeración...

Sr. del Valle. — Esta es la parte humorística del discurso del señor ministro...

Sr. Ministro del Interior. — La parte injustificable y agresiva del señor senador.

Sr. del Valle. — No se pueden hacer esas apreciaciones, en presencia de los que soportan la opresión.

Sr. Ministro del Interior. — No soportan ninguna; y además; ¿cómo quiere el señor senador, póngase en mi caso, que oiga con toda frialdad, que se afirme que he sido miembro de un gobierno impositor, y que soy miembro de un gobierno impuesto?

Sr. del Valle. — El señor ministro hará bien en defender, y yo hago bien en protestar.

Sr. Ministro del Interior. — Lo que el señor senador afirma, no lo he visto ni oído jamás.

Sr. del Valle. — Será ciego y sordo.

Sr. Ministro del Interior. — De ninguna manera; no soy sordo ni ciego. He estado en el secreto de este movimiento político y no he visto imposición ninguna; he estado en Córdoba, cuando se formaba la candidatura del doctor Juárez, y no he visto la imposición; al contrario, he visto un movimiento liberal espontáneo.

Yo mismo he sido objeto de aclamaciones del Partido Liberal. Esto que se toma como imposición, es el resultado natural de la evolución de los pueblos; más, señor presidente: es imposible que un hombre sin los medios ostensibles a que me he referido, pueda hacer semejante imposición. Rechazo, pues, totalmente, la aseveración.

El Congreso que ha sancionado las elecciones de aquel tiempo, que tiene como presidente legítimo al doctor Juárez Celman, no puede tampoco...

Sr. del Valle. — Pido al señor presidente, que haga cumplir el reglamento, para evitar una cuestión.

Sr. Ministro del Interior. — ¿Por qué no se le llamó a la cuestión al señor senador por Santa Fe, que habló de política y de imposiciones?

Tengo el derecho de hablar y pido que la Cámara resuelva si tengo o no el de contestar al señor senador.

No he de admitir que el señor senador por Buenos Aires me imponga el número de palabras, que he de pronunciar: soy dueño de pronunciar las que crea conveniente...

Sr. del Valle. — Y un senador es dueño de pedir que se cumpla el reglamento, y pido al señor presidente que llame a la cuestión al señor ministro.

Sr. Presidente. — Ruego al señor ministro que se limite al asunto en debate.

Sr. Ministro del Interior. — Sí, señor, pero he de concluir mi frase.

Los miembros del Senado, corporación que ha reconocido la legitimidad del gobierno actual, no pueden aceptar la aseveración del señor senador.

Sr. del Valle. — Sí, pero concluya.

Sr. Ministro del Interior. — Pero no con el beneplácito del señor senador sino porque creo conveniente terminar.

Señor presidente: el único argumento formal que he oído hacer — y digo formal, quizás por lo repetido más que por la consistencia de las razones que contenga — es el argumento rela-

tivo a la fuerza, de que se dice emana este proyecto de ley. Lo contestaré rápidamente.

La fuerza tiene sus manifestaciones. ¿Cuáles son? La imposibilidad de hablar, la falta de libertad en el debate. Yo pregunto, si el mismo señor senador que ha hecho la observación, ha tenido la menor dificultad para hablar todo lo que ha querido y decir todo lo que se le ha ocurrido.

¿Cómo se puede demostrar que este es un proyecto emanado de la fuerza, cuando la misma prensa opositora sostiene la idea fundamental del proyecto, cuando es aplaudido en todas partes, cuando puede inferirse que tiene en su favor la mayoría de los miembros del Congreso? No emana, pues, de la fuerza.

Salvo este argumento, señor presidente, que he contestado rápidamente, no he visto que se ataque sino una frase enteramente incidental, dicha sin intención en una forma que de ninguna manera es agria, una frase que me parecía oportuna, porque tenía sus antecedentes en la Cámara, que había oído ya hablar de la materia, y yo no hice sino referirme rápidamente a lo que se había hablado, y por cierto no de una manera agresiva. Esa frase tiene siete u ocho renglones en la publicación y mi discurso abraza diecisiete columnas; sin embargo, es a eso solamente a lo que se limitan los señores clericales; si dije bien o mal las dimensiones del Arca, si hice bien o si hice mal en repetir lo que dicen miles y miles de historiadores respecto a la Biblia y que podría probar, porque tengo los elementos necesarios para hacerlo, tengo los documentos; podría ponerlos en las manos de los señores senadores y no los leo porque nadie se atrevería a leerlos ante un público decente.

Hago notar únicamente que una simple referencia hecha con buen humor a palabras anteriores del señor senador Funes...

Sr. Funes. — Por Córdoba.

Sr. Ministro del Interior. — ...le ha dado pie para tratar fundamentalmente la cuestión, lo que prueba la completa insuficiencia de los argumentos que se hacen en contra de este proyecto.

No encuentro qué contestar en el discurso del señor senador que me ha precedido en la palabra y la dejo con gusto a mi colega el señor ministro de justicia y culto, que creo la ha solicitado.

He dicho.

Sr. Funes. — Pido la palabra.

Señor presidente: me parece que no está en disposición el señor ministro de justicia y culto de hablar todavía. Cuando lo verifique, no du-

do oíremos algo mejor de lo que se ha dicho en favor del proyecto, porque francamente su especialidad en el derecho, le autoriza, le faculta para hablar sobre esta materia.

No puede ser que seamos omniscientes; que un ministro tenga hoy un ramo y mañana otro; pasado mañana nos venga a hablar sobre la guerra; y luego sobre las relaciones exteriores. Es imposible que trate todas las materias con tan especial ilustración, que nos deslumbre. Parece que el señor ministro se hallaba en la convicción, que era absolutamente imposible contestar a su discurso.

Recuerdo haber leído de un escritor que así pasaba por sabio, y a quien otro le dirigió un epigrama. «Mauricio, te vi abogar, después fuiste soldado. Te vi ejercer la medicina. Ahora quieres usar sotana. Al fin no serás hábil para nada.»

Como acostumbro empezar siempre, por la última palabra que se ha pronunciado, y aun se siente la impresión por el concurso, lo creo de buen efecto.

El señor ministro del interior se ha empeñado en probar que el presidente de la República ha sido elevado al poder por el Partido Liberal.

Pero, señor, ¿quiénes son los liberales?

Hace mucho tiempo que el general Mitre era el jefe del partido liberal, según decía «La Nación».

¡Vino el doctor Rocha y también eran liberales todos los que le seguían! Fueron unas señoras piadosas de Córdoba a pedirle un terreno y no lo quiso conceder. Quisieron comprarlo para edificar un templo y les puso mil dificultades. ¡Tampoco lo quiso vender! ¡Era por demás liberal!

Se dice que son liberales los que votaron por el doctor Juárez. Yo me he hallado en las filas del doctor Juárez y nunca he sido llamado liberal ni opuesto a la religión, siempre fui decididamente cristiano conforme a la Iglesia católica.

No han sido los liberales; fueron los amigos y han sido los partidarios del doctor Juárez los que lo eligieron!

Sobre todo: ¿qué quiere decir liberal? Desmientame alguno. Liberal es el que respeta los derechos de los demás y defiende los suyos; el que protege el derecho del oprimido, donde quiera que esté. ¡Esto es liberal!

No es liberal el que persigue al caído, ni el que es partidario del que está arriba. Conozco a muchos que si estuvieran arriba los clericales habrían de andar hasta con sotana. (*Risas*).

Sí, señor; he vivido bastante, sé lo que es el mundo. Conozco todo eso.

Al principio ha habido muchos hombres que eran católicos, unos celosos devotos porque les convenía. Sin que les preguntara, me decían que eran Torquemada; era defendiendo al doctor Guzmán — entonces gobernador — que era muy devoto. ¡Ahora han dado una conversión a la izquierda y son liberales, muy liberales...!

Quiere decir, pues, que el doctor Juárez no ha sido elevado al poder por los que se llaman liberales; ha sido elevado por los buenos argentinos; como eran buenos también los que militaban en las filas opuestas.

Yo podría hablar de una provincia que se considera muy católica; se creía la situación muy opuesta al doctor Juárez. Mas al fin, todos los electores votaron por él para presidente de la República. ¿A esos electores se llama liberales?

El señor ministro enumeraba: «el señor Leguizamón, que es sinónimo de diablo», quiero examinar este concepto humorístico...

Recuerdo el cuento de un poeta. Tomando la forma de un elegante, el diablo se había casado con una joven inocente: tuvieron una chica. La llevaron a bautizar. Como padre no pudo menos de asistir, aunque fuera ocultamente en el coro. Se sintió conmovido por escena tan tierna, y cayó de rodillas, repitiendo los rezos.

El doctor Leguizamón fué comisionado de intervenir a la provincia de Catamarca. Los liberales de aquí y los de allá se felicitaban del seguro triunfo. Algunos católicos les decían: «Están ustedes completamente equivocados. No disputemos sobre esto. Pasados quince días verán que preveíamos mejor que ustedes.» Efectivamente, llegó a esa capital. No hubo chica de por medio. Mas debió haber algún motivo...

El comisionado se enterneció de tal modo que dió el triunfo a los clericales. Ya ve que el hombre no era tan malo. (*Risas*).

Cuando pidió la palabra el señor ministro, me dije: «Vaya, aquí nos va a traer un mar de luz muy grande; pues por el aire de satisfacción con que se presentaba, dada la capacidad que le reconozco y sus estudios sobre este asunto, debía esperarse un contingente muy especial. Ya sería inútil la discusión.» Realmente, lo pensaba como digo. Pero a mí me gusta el laconismo, como a los jueces, generalmente; los escritos muy largos no los leemos, como decía el doctor Vélez: no es posible que se diga gran cosa en un escrito pesado, muy largo, por lo regular no se encuentra en ellos más que ineptias!

Así le ha sucedido al señor ministro del interior; ocupó media hora, esforzándose en aparecer ameno. En fin, ya no supo de qué echar mano, y le pareció bien forjar palabras, como

dichas por un senador. Era preciso nombrarlo, a pesar de que no podría haber equivocación; pues por esa provincia no había más que un senador en el recinto. Se había mantenido serena y elevada la discusión; él prefirió descender hasta olvidar el lenguaje parlamentario.

Después vino otra frase del mismo señor ministro en que ni nombró tampoco al senador; dijo: «como decía ese señor».

Yo cité a Renán; pero Renán es sagrado; no, Renán es demasiado alto, es sagrado, es liberal. Basta.

La frase que pronunció el señor ministro es: «No hablaré tampoco de la *Biblia*, ni diré lo que dicen muchos católicos de ella, que es el libro más inmoral, y donde no es inmoral es absurdo, y donde no es absurdo es idiota.»

¿A qué católico podrá nombrar? Es falso, falsísimo. Es aseerción arbitraria, absurda. Es además una implicancia. No puede existir un solo católico que se oponga a los principios fundamentales.

Nunca había imaginado que se oyeran esos conceptos en el recinto del Honorable Senado.

Se desconoce lo que sostienen y acreditan los millones de cristianos, católicos y disidentes: lo que también sostienen los judíos. Se niega la evidencia. Lo que se ha tenido por verdad «siempre, por todos, y en todas partes» debe tenerse firmísimamente. Son las tres «universidades». Sí, señor presidente, no solamente todos los pueblos cristianos, todo el mundo civilizado, reconoce y confiesa ser la *Biblia* el sagrado libro, sino que este consentimiento unánime ha sido dado durante diecinueve siglos.

Todos están conformes. Pero el señor ministro dice: «¡Todos se engañan menos yo!»

Bossuet era un necio, ¡creía en la *Biblia*! Newton era un imbécil, ¡la leía frecuentemente! Washington un tonto de capirote, ¡la besó de rodillas!

Sr. Ministro del Interior. — ¿Quién ha dicho eso?

Sr. Funes. — Yo no digo que el señor ministro lo ha dicho. No tengo la habilidad de atribuir palabras. Yo estoy sacando consecuencias de las que dijo.

Sr. Ministro del Interior. — ¡Yo no he dado lugar a que se infiera eso; eso es inexacto!

Sr. Funes. — Las palabras textuales que cité están en todos los diarios.

Sr. Ministro del Interior. — Aunque estén en los diarios, eso no es exacto.

Sr. Funes. — Entonces, ¿retira esas palabras?

Sr. Ministro del Interior. — No he dicho eso, y por consiguiente, no puedo retirar lo que no he dicho.

Recuerdo lo que he dicho: el señor senador atribuye eso a una causa especial.

Sr. Funes. — Y, ¿por qué?

Sr. Ministro del Interior. — Porque es católico y cree en todo eso.

Sr. Funes. — ¡También son católicos los señores Rodríguez, senador por San Luis, y el señor Pizarro, senador por Santa Fe!

El señor ministro ha venido a establecernos distinciones anatómicas. No le admito la disculpa por deducciones, absolutamente infundadas y arbitrarias.

Sobre todo el Honorable Senado nos escucha, y el pueblo leerá los discursos; con discreción verá quien dice la verdad.

No quiero detenerme en esto; somos muy pequeños para ocupar más la atención pública.

Pero respecto a la *Biblia*, principalmente, no quiero dejarle al señor ministro un resquicio libre. El decía: «que en toda la *Biblia* no hay un libro útil; que el que no es absurdo, es immoral, y el que no es immoral es idiota.»

Habría, efectivamente, algunas páginas que no se podrán presentar a los ojos de una niña tímida e inocente; sí, señor, así sucede con el Código Criminal, y con los libros de medicina. Lo mismo sucede con los libros de historia. La *Biblia*, que es la fiel historia, de los siglos, debía referir exactamente los hechos.

Estudiando científicamente esos libros se ve su alcance y su filosofía.

¿Qué se hace en tales casos?

Lo que todo el mundo sabe y nadie puede ignorar; es una vulgaridad.

Señor: para hacer leer la *Biblia* se forma un compendio que contenga el espíritu de la *Biblia*, trozos escogidos de la *Biblia*. Así hasta las niñas pueden tener un conocimiento general de la *Biblia*, sin los inconvenientes de encontrarse con una página que pudiera ser mal vista.

¿Qué tiene esto de particular? Se quitan esas hojas que parecen inconvenientes al señor ministro, y se leen las buenas.

Pero decía el señor ministro: «Nada hay bueno en la *Biblia*, es un libro immoral, que no se puede mostrar a las niñas.»

Señor presidente: se comprende fácilmente que un hombre instruido, que se ha preparado uno o dos años en esta materia, puede hacer un discurso.

Esto se conoce a la legua que no es una improvisación, como el del señor ministro de instrucción pública.

En el proyecto que presenté al principio establecía que los tribunales civiles conocieran y decidirán de todo lo que se refiere a intereses; aun sobre la habilitación de los esposos.

Decía que a los curas se les asignara un sueldo, para que desaparezcan las explotaciones que se dice existen. Con respecto a los disidentes, o que no tienen creencias, el proyecto es del todo conforme al de la Comisión en mayoría.

Sin advertir nada de todo esto, el ministro ha venido a sostener inconscientemente que los tribunales eclesiásticos no decidan sobre separación de bienes y el divorcio. Por consiguiente, su discurso, en esta parte, carece de aplicación y se manifiesta como un trabajo organizado antes de haberse iniciado la discusión.

Hay más; dice haber visto un folleto sobre el divorcio, y es evidente que no tiene razón en lo que ha dicho; porque no es juez, ni alta corte. Como ni es abogado, se aparta del primer principio que todos conocen: «no se puede fallar sin oír al demandante y a su contrario, y sin examinar detenidamente los autos del litigio. Supongamos que fuera injusto; pero tanto los tribunales eclesiásticos como los civiles pueden fallar equivocadamente.

Esto demuestra que el señor ministro ha sido inoportuno en su discurso al traer este ejemplo.

Señor presidente, como decía, supongamos que un hombre, en su sano juicio, dijera que Ney fué un «cobarde», Bayardo un «miserable», Newton un «ignorante», Wáshington y Franklin unos «bribones hipócritas». Sería como para preguntarle: ¿Y usted lo dice formalmente? ¿y se ha preparado un año para eso? (*Risas*). Pero, ¿es un malvado este hombre? No, creo que es sincero. Entonces su entendimiento debe estar «débil» de caer... (*Risas*).

El señor ministro ha traído muchas citas y papeles. Como yo soy más viejo, no extrañará que haya marcado por escrito algunos puntos de su discurso. No quiero se me pase alguno sin contestarle. Ni una palabra, ni una idea aparente en favor de la libertad del matrimonio católico ha pronunciado en su largo discurso. No se ha atrevido a intentarlo, siquiera por decoro y respeto a la opinión.

Además, me parece que debo exponer ante el Honorable Senado la razón evidente que nos asiste a los que rebatimos ese proyecto ominoso para los católicos. Difícil es comprender lo que el señor ministro se ha propuesto en posición tan avanzada. Niega todo un código con una sola frase. Pretende borrar el código de la civilización.

Y esto, señor, ni celebridad le puede dar al señor ministro; mucho menos le podrá merecer un nombre «ilustre». Ni es original siquiera; porque lo que ha dicho, otros lo dijeron antes. Lo ha dicho Voltaire, a quien ya le parecía ha-

ber hundido el cristianismo; y Federico II, buen guerrero, que pretendía ser poeta. Voltaire se burlaba de él como poeta, y Federico de Voltaire, que se creía gran diplomático.

Viene Napoleón, y con más talento que Voltaire, con más gloria que Federico, derroca todos los sarcasmos que éstos habían lanzado contra la religión católica.

Por consiguiente, el señor ministro no tiene originalidad. Entonces, ¿qué se propone? ¿Llamar la atención? Pero, Voltaire mismo, a pesar de su celebridad, no consideraba «racional» decir que era «idiota» la *Biblia*; la prueba de ello es, que no podía oír el grito de: «¡Yo soy José!» el que vendisteis para Egipto... «¿Vive mi padre?»... sin enternecerse. No creía, pues, que la *Biblia* era inmoral e idiota! Es decir, que los discípulos salen más extraviados que el maestro.

Hay una frase que me pareció bien, en el discurso del señor ministro. Hablaba sobre el Código Napoleón, y decía: borren los que puedan el nombre de «Código de Napoleón». Yo a mi vez le digo: borre si es que puede el nombre de la *Biblia*. ¡El Libro! porque todo el mundo sabe que la *Biblia*, en griego, y para todos, significa el «libro», sí, el «libro», el «libro» de los libros.

Exponiendo mi honorable colega por Santa Fe que habría sido un anacronismo el matrimonio civil en tiempo de Rivadavia, Urquiza, Derqui, etcétera, el señor ministro hace la historia a su comodidad.

Rivadavia era liberal, y si no implantó el matrimonio civil, fué porque no era oportuno. No lo estableció, porque tenía que respetar la opinión pública, que no lo quería admitir.

El general Urquiza, el libertador, dió la Constitución; he tenido oportunidad de ver que no solamente era religioso, sino católico, apostólico, romano; porque yo no admito eso de «liberal», *soi disant* liberal, como dice monseñor Segur.

Liberal en política es una cosa, y en religión es otra. Un amigo del general Urquiza se empeñó en dar cierto puesto más elevado a un sacerdote. Ese sacerdote tenía una irregularidad oculta, bastante grave; el ministro del culto recurrió al Nuncio que estaba en el Janeiro. El Nuncio le contestó: es muy difícil; y, como el ministro le observara: «esas cosas están mandadas recoger, no son de la época, ¿qué tiene que ver un chico que nace...?» le contestó el Nuncio: sí, señor, son de la época, la Iglesia no quiere que un ministro se presente manchado ante sus altares, ni con manos impuras eleve la hostia inma-

culada.» Oyendo esto el presidente Urquiza, dijo: «¡hum... tiene razón el Nuncio. Yo estoy por la religión!»

Después, el señor Bilbao fué a vivir a la casa del general Urquiza en Paraná, y empezó a escribir en «El Nacional Argentino». Viene la semana santa, y como hay hombres que se creen inspirados para todo, se pone a escribir místicamente, diciendo cosas como éstas: «el justo peca setenta veces siete.» Basta decir mil veces, no era más que un hebraísmo, imitando el estilo de Lamennais, de algunos libros de la *Biblia* «El creador aprendió a morir de la criatura.» A la verdad, no entiendo qué quería decir; es lo mismo que cuando se dice: «la *Biblia* es inmundada. «¡Aprendió a morir!» ¡Pues gran cosa aprendió! (*Risas*).

Estas frases alarmaron a la gente sensata, a la gente cristiana; a las personas religiosas, a las que tienen buen sentido. Entonces el Nuncio y el ministro del ramo hicieron presente al general Urquiza, por carta, lo que Bilbao estaba escribiendo en el periódico: debía dejar de hacerlo, pues, el pueblo podría creer que sus doctrinas eran la opinión del gobierno.

El general Urquiza previno a Bilbao inmediatamente que podía escribir en cualquier parte; mas que no lo hiciera en el periódico oficial. Este era el general Urquiza, a quien se quiere hacer aparecer como contrario a la religión.

El señor ministro decía que había sido ministro de aquél, don Salvador María del Carril. No fué ministro, ha sido vicepresidente; pero no hago argumento de esta equivocación. El señor Gutiérrez era el ministro.

Gutiérrez se casó con una joven, señorita G. Cullen, y se hizo muy religioso. En presencia del ministro Bedoya y del doctor Salustiano Zavalía, ponderaba a Cretineau Joly, que es un panegirista de la Compañía de Jesús, decía también que eran los mejores educacionistas esos padres, aun en cuanto a las artes liberales. Después murió la joven, y él volvió a no creer en esto, y a opinar como en sus primeros tiempos. Es decir, que una vez fué católico, y otra vez volvió a llamarse liberal.

El señor del Carril, a quien todos conocen, era — no diré liberal — un hombre positivista; mas en sus primeros años había sido cristiano, había recibido educación. No obstante, sus riquezas y su vanidad, cuando llegaron sus últimos momentos, se acordó del eco de la madre, de esa voz que no engaña jamás. La madre, solícita, arrulla al tierno infante; éste, al abrir sus ojos, lo primero que ve es la sonrisa, la

mirada cariñosa de la madre que le abraza y sustenta con su pecho. Se graba indeleble en su corazón la virtud, que le inspira ese amor puro, verdadero, eterno!...

El señor del Carril recordó aquellos primeros tiempos, hizo llamar a un sacerdote, confirió, estuvo con él algunos meses; leía la Biblia constantemente, encontrando en ella elevación y consuelo. Murió tranquilo en el seno de la religión católica.

El doctor Derqui — aquí está su distinguido hijo — fué mi catedrático de filosofía, después mi amigo y colega. El doctor Derqui era un hombre superior; no era incrédulo, ni místico. No solamente llegó a apereibir a un clérigo, sino que desterró a un obispo en Córdoba; pero lo desterró considerando que era su deber, pues también puede haber obispos díscolos y pretenciosos. Mas esto no quiere decir que sea irreligioso el que cumple con su deber; quiere decir solamente que tiene energía bastante para desterrar a quien lo merezca.

Pues bien: el señor Derqui vino comisionado (lo que yo digo todo el mundo lo sabe...)

Sr. Baibiene. — Está fuera de la cuestión el señor senador.

Sr. Funes. — Estoy rectificando los hechos y le parece mal al señor senador. Es lo que sucede, cada uno tiene su modo de ver las cosas.

Sr. Baibiene. — Yo no me he opuesto a que rectifique...

Sr. Funes. — ¿Y entonces?

Sr. Baibiene. — No vamos a concluir nunca. Se está convirtiendo al Senado en una academia de historia.

Sr. Funes. — Estoy exponiendo las cosas a mi modo: rectifico los hechos que expuso el señor ministro; ¿por qué no reclamó entonces, si el señor senador los consideraba fuera de la cuestión?

Sr. Presidente. — Permítanme los señores senadores.

El que debe dirigir el debate soy yo, y si no he llamado a la cuestión al señor senador por Córdoba, es porque no lo he creído necesario.

Sr. Funes. — Sí, señor presidente, más vale que hablemos de más, y no que digan: se ha ahogado la palabra de un senador, mucho más cuando no tengo barra que me aplauda, cuando no tengo ninguna ventaja en este debate.

Señor presidente: cuando alguna vez me sucede defender algún proyecto del Poder Ejecutivo, lo hago con esmero, y con cuidado; porque todo cargo puede ser malo; mal lo peor sería que me dijeran «servil».

Iba a decir: vino el doctor Derqui comisionado

a Rosario, y después hablando con el ministro de culto, le dijo: —«Las señoras de Córdoba y muchos caballeros me han dirigido una carta, suplicando que les mande tres mil pesos a los jesuitas para componer la Iglesia.» —«Les he mandado, pues, aunque no era de mi sola deliberación, he creído que usted no se opondría.» —«Sí, señor, ha hecho bien.»

Les mandó los tres mil pesos. Se ve, pues, que no era tan enemigo de los jesuitas. Por consiguiente, no se le atribuye bien ese liberalismo.

Viene el general Mitre. El general Mitre, ya he dicho que es liberal. Sin embargo, aplaude el celo piadoso de Belgrano que aun en política produjo buenos resultados.

El general Sarmiento concurría mucho a la casa del doctor Vélez, y cuando se ofrecía una cuestión de éstas, decía «Yo no quiero tocar estas cuestiones de religión. Vamos bien, no hay dificultad ninguna; cuando se ofrece alguna duda, complicación, llama a Frías y todo se arregla perfectamente.»

Véase, pues, que el señor Sarmiento no combatió la religión. El señor Gorostiaga nunca fué irreligioso, y estoy cierto que de ninguna manera hubiera impuesto a los católicos el matrimonio civil.

¿Qué diremos del señor Avellaneda, si lo hemos visto, no solamente tolerante, sino religioso en sus brillantes escritos, y cuando oímos con dolor su muerte?

El general Roca, dígame lo que se quiera, ¿por qué no presentó el proyecto de matrimonio civil? No lo presentó porque no era oportuno; y le hubiera sido muy fácil desempeñando el Ministerio de Culto, en su administración el doctor Wilde. No lo presentó, porque las costumbres, las creencias se oponían; y él debía respetarlas como todo buen político.

Quiere decir entonces que este proyecto es un anacronismo, como decía el honorable senador por Santa Fe.

El señor ministro se preguntaba, y decía: Cuando un orador se hace una pregunta es para contestarla; pero yo declaro que para mí esto no tiene contestación.

Pero es porque no quiere ver. Es porque las circunstancias no lo permitían, porque era chocar con las costumbres, porque no había objeto. Ahí tiene la solución el señor ministro.

El dice: «yo no lo sé, ninguno lo sabe.» Todos los senadores lo saben, señor presidente. El es el único que no lo sabe. Está bien; ahora ya no puede decir que lo ignora.

Decía en un párrafo:

«Para ver la opinión pública es bueno ver en todas las esferas: las señoras se rien de esto.» ¡Qué pocas habrá visto el señor ministro!

Decía: «firman sin saber.» Es decir que no saben, que todas las señoras son ignorantes; como que no han recibido la bendición del señor ministro para saber firmar.

Decía que las han obligado a firmar los párrocos. Trescientas mil personas han firmado, señoras y caballeros. «Todos» son ignorantes y «nadie» sabe... ¡Los gobiernos protegen! ¡No hay objeto!

En su discurso, decía que Cristo no se metió en cuestiones del Estado, y que hacía bien; pues que el gobierno podía suprimir el cristianismo de un golpe.

No, señor; no se puede suprimir, no es tan fácil. ¡Quién no sabe los millones de mártires que ha habido! Y como decía un proconsul: «cuando más se martirizan, más se inunda de cristianos el Imperio.»

Se empleaba el fuego, toda clase de tormentos; nada se ha podido porque la religión cristiana es un pensamiento, es la civilización, es la libertad. Podrían los tiranos quemar veinte mil libros, y todos si se quiere. Siempre quedaría la tradición para conservar sus dogmas y sus doctrinas.

No es cierto, no era fácil. Era imposible, en vista de la promesa del Salvador.

Ahora, hablemos del Concilio de Trento. Respecto del Concilio de Trento, ha hecho una confusión el señor ministro de la doctrina y del dogma. Tan pronto habla del dogma como de la doctrina, o del perfecto estado; y es preciso distinguir todo con exactitud para no incurrir en errores.

Aseguraba que a un gesto de Francisco I, o de Carlos V, se habría de sancionar lo que éstos desearan.

No es verdad; es falso absolutamente.

El rey de Francia pretendía que se pusiera un impedimento y el concilio no accedió; y cuando se mandó un comisionado con doble carácter, con este mismo objeto, tampoco se consiguió cosa alguna.

Dice que hubo desórdenes y reyertas. Es cierto que los hubo; siempre es probable que en las asambleas libres y numerosas haya conflictos y desórdenes. Cuando nadie se mueve, entonces es sospechoso que falte libertad. Esas asambleas por unanimidad — ¡es muy hermoso! —, eso sí que es lo sospechoso; generalmente se teme que no se haya gozado de ampliar libertad en las deliberaciones. En esos desórde-

nes propios del gran número, se descubre que se procedió con libertad.

Pues bien, los cánones de ese concilio fueron recibidos, lo he dicho ya dos o tres veces, por todos los católicos, pueblos y soberanos, en lo que respecta a la fe y sólo fué resistida la disciplina por algunos.

Ahora las decisiones que se citan en materia de fe, están desde antes en el *Evangelio* y en las epístolas de San Pablo; han sido acatadas por los protestantes mismos; pero como el señor ministro ha echado por tierra la *Biblia*, ¿qué le puede importar del *Evangelio* ni de todos los concilios?

Exponía también que las últimas sesiones, sin duda, adolecían de precipitación; pues muchos de los obispos se habrían ausentado y otros estarían impacientes, como sucede en nuestras Cámaras en las sesiones de prórroga.

Pero, señor, esto es contraproducente. A última hora se suelen sancionar muchas leyes de gran importancia.

En las sesiones de prórroga, ¿cuántas leyes de gran interés no sancionamos?

Igual mérito legal tienen las que se dictan en Octubre, que las que sancionamos en Mayo.

Son argumentos pequeños, que no hacen más que debilitar los otros argumentos, que podían tal vez ser de más peso. Cuando un comerciante de mala fe quiere desacreditar a otro, no tiene más que poner una mala firma al lado de aquél. Así sucede que cuando se dicen razones tan débiles, quiere decir que no hay razones; pues, no han producido efecto aquellas que ya se han manifestado.

Señor presidente, ha afirmado el señor ministro, aunque no lo ha probado, que el Papa transó con Napoleón sobre matrimonio civil. No sé de dónde ha sacado eso; pues, entre tantos papeles que ha traído, no ha podido presentar documento alguno. Nunca transó con soberano alguno al respecto; nunca ha aprobado el matrimonio civil. Lo ha tolerado, pero nunca transó con Napoleón. Tan lejos de eso, que a Napoleón ni se le ocurrió siquiera pedirle que anulara su matrimonio con Josefina. En el de Jerónimo, no consiguió la anulación que solicitó con insistencia.

Decía el señor ministro que sólo en España y entre los negros, no había matrimonio civil. Se conoce que no corre sangre española por las venas del señor ministro. Pero, señor, ¿es tan despreciable España? Después de siete siglos de opresión, España por su esfuerzo heroico quedó libre del yugo musulmán. Más tarde entró vencedor Napoleón, derrotando los ejércitos

y les impuso un monarca de su familia. Se alzó el pueblo y expulsó a esos ejércitos, que se creían invencibles. Ultimamente Bismark pretendió arrebatarle Las Carolinas. España se puso de pie, pronta a resistir decididamente a ese imperio poderoso. Fué respetada.

¡Es digna, pues, de respeto esa nación ilustre! No es permitido hablar de ella con desdén, porque respete dignamente las creencias, las costumbres del pueblo y no pretenda arrebatarle la libertad del matrimonio.

Ahora se dice: las mujeres no entienden. Señor; ya lo he dicho otras veces: para conocer el grado de cultura y civilización de un país, no hay más que observar el respeto y la consideración que en él se tributa a la mujer. O es esclava, desgraciada, sierva, se pasa como moneda usada, o es señora, soberana, compañera. Todos sabemos que en Roma el pueblo derribó a los reyes por injuria inferida a Lucrecia. Cayeron los Decenviros por la injusticia contra Virginia. La incontinenencia de Rodrigo influyó en gran parte para que los árabes invadieran España, dominándola por siglos.

Aquí mismo, lo que más dañó a Rosas ante la opinión y minó su poder, fué el martirio de Camila O'Gorman.

Queda evidenciado, que no impunemente se ultraja a la mujer, y nunca es permitido hacer presión sobre sus sentimientos y conciencia.

Debemos, señor presidente, el descubrimiento de América a una mujer, que, contra la opinión de su esposo y de muchos sabios, dijo a Colón: «No soy fuerte en geografía.» Sí, pues, no son doctoras, no son marisabidillas porque la mujer no nace para eso. Nace para el hogar, para ser dulce, para labrar la felicidad del hombre. Así dijo Isabel: «Entiendo poco de geografía, pero venderé mis alhajas; daré alas al genio.»

Es demostrado, pues, que la mujer es muy inteligente, comprende sus derechos, y sabe cumplir delicadamente sus deberes.

Se dice que la Iglesia se opone al progreso. ¿Cómo se ha probado eso? Señor: no puede haber progreso si no hay verdad, si no hay buena fe. ¡El progreso! Hay una frase muy sabida, muy aplaudida, muy linda: *Adelante!* — *Go-ahead* — *En avant!* Pero, son vulgaridades. No basta ir «adelante», sino arriba; no adelante hasta marear. Si se fuera adelante siempre en la tierra, no se haría más que dar vueltas; el círculo que representaban los antiguos: una serpiente mordiéndose la cola, un emblema estrecho, limitado, estúpido. «del tiempo».

El otro día dije: «he visto un *aspid*». Ahora digo: «veo además una *serpiente*». Yo creía que sólo se trataba del divorcio; no, señor: se viene a echar abajo el cristianismo.

¿Esa *Biblia* es estúpida? Rousseau decía que nunca leía el *Evangelio* sin pasmarse: «No habla un hombre, sino un Dios!» Ahora, cuando alguien habla de Dios, se dice: ha de ser un retrógrado; cuando habla en contra: ha de ser un liberal.

Sí, señor. El hombre, por su misma figura erecta, por su frente despejada, no puede bajar los ojos a los goces materiales. Eleva los ojos al cielo, debe decir: adelante! Pero, no solamente adelante; sino ¡arriba! ¡A las estrellas! ¡A lo bello! ¡A lo justo! ¡A lo infinito!

No es civilizado un país porque sea rico, si no es también virtuoso: que haya riqueza, que haya prosperidad, que el hombre se mejore también, esto es civilización.

Como el señor ministro ha hecho un discurso tan extenso, y, cuando sale de la esfera de sus conocimientos, nos presenta mil flancos vulnerables, es de mi deber impugnarle poniendo de manifiesto los errores y absurdos en que ha incurrido.

Es falso, absolutamente, que en nuestro país la Iglesia haya sostenido la tiranía. Muchos sacerdotes firmaron el acto de la Independencia. El señor Medrano, el señor Escalada, doctor Somellera, etcétera son conocidos por sus virtudes. El nuncio se ausentó en desacuerdo con Rosas; y los reverendos padres franciscanos, incurrieron en el desagrado de este. Jamás predicaron los sacerdotes el odio y exterminio de los enemigos de Rosas, como este hubiera deseado. Se limitaron a predicar obediencia a las autoridades.

Vamos al punto de los jesuitas, que llama la atención. Recuerdo que en el año 74 cité a Voltaire, Napoleón, Chateaubriand y a Macaulay en favor de la Compañía.

En las Cámaras francesas cuando se trataba de tal ley, la ley de enseñanza, decía Montalembert a Villeneuve, ministro de instrucción pública: «Permítame el señor ministro poner estas firmas al lado de la suya» Yo no las pondré junto a la del señor ministro.

De nuestros historiadores no puede ser más favorable el testimonio: el dcán Funes, el señor Domínguez y Martín de Mussy.

Entonces, quiere decir, que no son tan malos; pero, el señor ministro decía: son entendidos, cultos y sabios. Y de esto hace un crimen. ¡Y si fueran tontos!

No deben dominar, porque no es su misión. Deben enseñar y cumplir con sus deberes. El sacerdote debe estar en su puesto. Fuera de su puesto lo combato.

Señor: como tenemos que ver todo, alguna vez encontramos alguna idea útil.

Sé que el protestante Huber dice que Ignacio de Loyola — estas son sus palabras — era un militar valiente, entusiasta y se había propuesto a semejanza de Don Quijote, vencer al sultán y traer la media luna y traer moros a los pies de María. Perfectamente. Era una idea. Pero, fué alla, y se vió herido en una cama, postrado. Todos sus planes se habían desvanecido. Y empezó a pensar y concibió otro plan. Otro plan dice Macaulay, que le ha dado más importancia y más poder que las armas. Y organizó una compañía. Y como había sido militar llevó a ella su espíritu marcial. A la orden llamó compañía y a las aulas cuadras. Una disposición militar.

Macaulay mismo dice que la reforma había hecho gran camino, gran progreso; pero, apareció Loyola con diez hombres.

Y es un protestante el que habla, y es recto, y es serio.

El señor ministro dijo que la Iglesia siempre se alió con los reyes, con los tiranos. Y para ello saca el ejemplo de Paraguay, de la República Argentina, de Guatemala, etcétera. Sería mucho lo que yo podría decir sobre esto, sería mucho hablar. Me limito a Buenos Aires, donde hemos visto todo, donde todo es conocido, donde están vivos todos.

Quisiera saber del señor ministro, a quien se ha asociado la Iglesia para tiranizarnos. Al contrario, fueron restablecidos los jesuitas el año 36. Pontificó el señor Medrano y predicó el señor Escalada. Con toda pompa. Todos estaban contentos.

Pero, empezó a ver Rosas que ellos predicaban caridad e igualdad. No era lo que buscaba Rosas.

Salieron a San Nicolás, a las Misiones, encabezados por Escalada. Yo lo he visto. Y allí ofició el señor Escalada. Mucha gente, mucha devoción.

Pues, sí, señor. Entonces Rosas, que todo lo sabía, le escribió de su mano: «Señor padre rector: Ese celo apostólico, el gobierno está dispuesto a protegerlo. Ahí les mando un cajoncito arreglado de mi mano, de divisas federales, para enseñar en el púlpito que los hombres deben usarla.» El padre Verduga abrió el cajoncito, lleno de divisas: ¡Viva la Con-

federación Argentina. Mueran los salvajes unitarios!, etcétera.

Sin hesitar pasó una nota. «Señor: estamos dispuestos a ir a los indios y a otras partes, si conviene a nuestro deber, pero; lo que vuestra excelencia me exige no puedo hacerlo; soy sacerdote, soy extranjero. Si el primer lema no más fuera, no habría inconveniente, pero el segundo lema no puedo.»

Basta de misión. Se acabó la misión.

¡Estos son los servidores del poder!

Después se hace representar una tragedia: Margarita de Borgoña o La torre de Nesle. La concurrencia era federal; no había sino gente escocida, que pagaba hasta el doble por los palcos. Muchas pinturas, etcétera. Se tocaba el himno de Rosas, todos se paraban.

Después de la orgía en el drama, debían ser sacrificados los amantes. El capitán conoció en el ejecutor a uno que había sido de su banda:

—¿Sabe nadar, capitán? Te salvo arrojándote al Sena.

El capitán le dice:

—Bravo, Landri; ¿no tenéis alguna buena acción en vuestra vida?

—Sí, dos.

—¿Y cuáles son las dos?

—Una, que tomamos un pueblo a sangre y fuego; encontramos un niño, yo lo bauticé y cerré la puerta; se quemó, pero el diablo se quemó los dedos encontrando un alma cristiana. La otra, que era necesario quemar a los templarios y no había testigos para acusar. Un «jesuita» me enseñó lo que debía decir y yo lo dije para que fueran quemados esos pícaros.»

En la obra original figura un franciscano; pero fueron tan «háviles» que pusieron un jesuita.

Todo el mundo festejó esto, y tuvieron que cambiar el nombre de un «franciscano» por un «jesuita», porque no había jesuitas en tiempo de los templarios.

Muy bien; estos son los hombres que han sido serviles.

Ahora vengo a lo que se decía: que destinaban los tontos para santos.

Macaulay alaba a San Francisco Javier, lo cita como uno de los hombres más notables; dice que sin saber idiomas y sin viático, fué a países desconocidos, bautizó millones y murió en la demanda. Dice Macaulay en su estudio sobre *Ranke's History*, hablando de la sinceridad de las religiones: «La sola orden de los jesuitas, puede presentar tantos hombres distinguidos por su austeridad de vida, y sincera constancia, como los «apóstoles» del protestantismo.»

Sí, señor presidente, yo estaba ausente, era niño, cuando supe que con motivo de haber venido una máquina infernal mandada a Rosas, de la cual se dice salvó, se empezó a decir misa en todas las iglesias. El pueblo festejaba este fracaso con gritos y cohetes; la gente se fué a las iglesias. El padre Verduga, y el padre González no se atrevieron a salir, y el padre Ramón, como le decía el pueblo, el padre santo, dijo:

—Yo saldré; quiero evitar una profanación; quieren poner el retrato en el altar. Yo lo evitaré en lo que pueda.

—Padre, no vaya; no lo dejaremos salir, — le decían — esos hombres son muy temibles.

—Déjenme, eso no se puede consentir.

Y al fin salió a la puerta.

Los hombres fueron llenos de entusiasmo. ¡Cuándo no se entusiasma el pueblo! Parecía que buscaban al enemigo, gritando: ¡Yo soy federal! Yo soy del «gobierno».

Es fácil «entusiasmarse» por el gobierno.

Y el padre Ramón dijo:

—Señores; ¿qué quieren ustedes?

—Venimos para que se diga una misa, porque el Omnipotente ha salvado la vida del Restaurador...

—Todo está pronto, se dirá la misa. Más se colocará al lado del altar una mesa para el retrato del señor gobernador, si les parece.

Así evitó la profanación del altar; si no, habrían puesto el retrato en el altar.

Cuando yo fuí a Montevideo el año 54, quise conocer a este hombre, un hombre notable, a ver si tenía cara de zonzo, y me encontré con un hombre amable, instruído; sin creerse digno, aun cuando se le llamaba el padre santo; pero, tampoco era un zonzo.

Han existido santos negros, marineros; pero estúpidos, no se encontrará uno solo. (*Risas*).

Pero, señor, se comprende lo que decía Rousseau: de un malvado se puede hacer un virtuoso; pero de un zonzo, de un hipócrita, no se puede hacer nada bueno.

Luego los jesuitas no tienen zonzos para santos, sino hombres entendidos.

No es posible contestar a todo lo que se ha dicho, pero haré lo posible.

Se decía por el señor ministro del interior que los jesuitas eran parásitos.

Vamos a ver la economía política del señor ministro. ¡La encuentro admirable!

¿Qué es parásito? Parásito es el que vive de otros sin trabajar en manera alguna. Ese es un parásito.

Y bien, el señor ministro decía que los jesuitas enseñaban. ¿Y es parásito el que enseña?

Decía que eran especialistas en matemáticas, en química, etcétera, pero que eran parásitos porque no labraban la tierra.

Entonces, los militares, los escritores, los médicos, los abogados, los ingenieros, etcétera, ¿también son «parásitos»?

Ese es un descubrimiento. (*Risas*).

No, señor; el hombre vive del fruto de su educación y de su trabajo.

¿Qué es el trabajo?

Todo hombre tiene un capital, no diré una propiedad, para no hacer discutible esto. Todo hombre tiene una facultad de producir algo, poner en ejercicio esa facultad, se llama trabajo; y si el trabajo se aumenta con los conocimientos teóricos, con la ciencia, y más que todo, con la habilidad práctica, entonces produce más. Por ejemplo: el trabajo de un jornalero produce poco; pero el trabajo del hombre inteligente, del hombre de industria, produce mucho.

Luego, no es «parásito». Al contrario: ahí está Bacon que fué célebre, no porque inventara un método, sino porque dijo: todo lo que produce utilidad es noble.

El zapatero, se decía antes, no es noble. Es noble, porque produce comodidad. El artífice es noble.

Pues, señor, los sabios antiguos decían que la ciencia debía ser sublime.

Tal vez sean parásitos los que aumentan la riqueza.

¿Quién no sabe que el operario instruído produce cien veces más que el hombre rudo?

Entonces no es parásito: no tiene disculpa el señor ministro en este caso, porque en un estudio en que se ha presentado con tanta preparación como se ve, por lo que ha citado, no tiene disculpa.

En una cuestión improvisada muchas veces se escapan las palabras, pero no cuando ha habido mucho tiempo para prepararse.

El señor ministro ha leído libros de una sola escuela; así es que no puede salir de la duda.

Toma un error y lo endiosa, y le parece que le conviene, y no falta quien lo alabe y lo crea matemático. Pero, no es cierto.

Sería muy largo si dijese todo lo que tengo que decir.

No voy a citar a ningún católico — a todos los que son católicos les llaman clericales; ni católicos ni clericales tampoco, ahora les han dado el nombre de ultramontanos. Hasta en eso hay moda. Ahora hasta Flamarión es ele-

rical. Yo no sé cómo llamarles a ellos. ¿Ateos? No... no. ¿Impíos? Tampoco: tal vez les desagrada. No puedo llamarlos sino anticatólicos, porque liberales no lo son. El hombre que oprime no es liberal; yo no propongo oprimir a nadie.

Señor; cuando fueron expulsados y suprimidos los jesuitas — tengo autores que son irrefutables — no fué a voluntad de Clemente XIV que se llevó a efecto la expulsión, porque él no lo quería. Le hicieron presión los reyes y los emperadores, y al fin tuvo que ceder. Pero, ¿cómo lo hizo? Por un breve, no por una bula.

El señor ministro, con una candidez que asombra, dice que casualmente todos los reyes y emperadores hicieron esto; a todos les agradaba en extremo.

Todos querían aprovechar los dineros de los jesuitas, creían que era una gran cosa tomárselo todo. ¡Buena medida financiera!

El señor ministro dice: «para hacer escuelas». ¿Y para hacer escuelas me quita usted lo que es mío?

Así son todos los abusos.

La lotería: siempre se fundan loterías, ¿para qué? Para la beneficencia, para la caridad. ¡Ah!; sí: porque están conociendo que es un crimen, por eso le ponen ese pretexto para alucinar al público.

Lo mismo que hicieron con los bienes de los jesuitas; se los quitaron para hacer escuelas y otros establecimientos públicos. ¡Ah! Esto es muy cómodo.

No sé que en Córdoba, en el tiempo de los españoles, se haya hecho nada con esos bienes.

El Colegio y la Universidad, fueron fundados por hombres particulares. Se conserva sus retratos: hay un convento de huérfanas, y el altar principal de la Catedral, costeados por un obispo que se llama San Alberto.

Pero de los bienes que quitaron a los jesuitas no hubo nada; fueron pocos para mandarlos a España; este fué el móvil, sí señor, y nada más.

Si el enemigo es honrado y es digno, se debe respetar. Mas, si es un injusto e infame, su odio honra al perseguido.

Luis XV, de quien los escritores franceses dicen, al escribir sobre ese rey francés: «la pluma se nos cae de las manos.» ¡Ellos sabrán qué mira tenía Luis XV...!

Pero, voy a concluir. Quiero citar las palabras de un autor protestante. «Este breve, dice Schoel, en su curso de historia de los Estados europeos, no condena ni la doctrina, ni las costumbres, ni la disciplina de los jesuitas.

Los únicos motivos que se alegan para la extinción son las quejas de las Cortes contra la orden, y el Papa lo justifica con ejemplos de institutos suprimidos para conformarse a la opinión pública.»

Esto es lo que dice un protestante. No se condena la disciplina ni las costumbres.

Muy bien, señor; a otro punto. Se me han de quedar muchos puntos; porque ha sido tan largo el discurso del señor ministro. Pero espero que he de satisfacer a todos.

El señor ministro dijo que el Papa Pío IX había errado, y que no era entonces infalible como se afirmaba. Yo no he dicho que los papas son infalibles como hombres; lo he repetido hasta el fastidio, y lo vuelvo a repetir.

He tenido disputas con sacerdotes protestantes. Uno me decía:

—Ustedes adoran a los santos.

—Pero, hombre, hasta cuándo; ¿dónde ha visto usted eso?

Había un círculo de italianos que nos escuchaba, yo me los había ganado y me dirigía a «estos señores respetables»; sin embargo, debo decir, que no eran muy respetables. (Risas).

—Voy a leer, decía el protestante, una bula de Pío IX. «María Santísima nuestra abogada, nuestra protectora — ¿no ve lo que dice? — «por ella vamos a conseguirlo todo; ella va a abogar por nosotros y a protegernos.»

—Pero, dígame, amigo, ¿usted está ciego o loco? ¿No dice que va a invocar a Dios? Entonces no puede ser Dios; dice que va a abogar, porque es abogada, protectora de sus hijos; mas no es el poderoso que concede.

Lo mismo decimos del Papa. Como particular puede errar; pero, en materia de fe y de costumbres, hablando en la cátedra es infalible.

No decimos que sea infalible en política, en química, en física, etcétera; en esto puede equivocarse como cualquier mortal.

Se ha dicho que un concilio general condenó al Papa Honorio. No era un concilio general. Esto es muy sabido, señor presidente.

Honorio, Papa de 636 a 663, se ocupaba en la conversión de las islas británicas, y en resolver la cuestión de los monoteístas. No todos sabrán lo que quiere decir esto; pero, ¿para qué quieren saberlo? Bien, les diré lo que quiere decir: que no había más que una voluntad en Cristo. Sobre esta cuestión escribió varias cartas: *literæ*. Estas no son bulas. Una de las palabras que se citan, está en latín, pero las diré: *fomentum impendit*, significan que con

esas cartas había venido a fomentar, a proteger. Después de 40 años de muerto, le condenó el Concilio 6º (de Constantinopla), no como autor de doctrina, sino como debilidad, como disimulo.

Ya se ve, pues, que en primer lugar, no hablaba ex cátedra sobre fe y costumbres; en segundo lugar, el concilio no era ecuménico, en ese momento, porque no estaba en número, y además porque los delegados del Papa, que presidieron, se habían retirado.

El señor ministro decía también que los éliticos no prestaban tributo de sangre, porque se vestían de frailes. Pero, señor, en Alemania la ley no obliga a los sacerdotes a prestar ese tributo, y la ley de ese imperio es fuerte. Esto es muy natural, porque prestan otros servicios. Un médico, por ejemplo, no está obligado a tomar un fusil; es claro también, porque presta otro servicio: un médico salva cien enfermos y vale por cien soldados y como soldado no valdría más que uno.

Dice el señor ministro que se llenan los conventos de frailes, cuando pueden ser útiles al ejército; pero, señor, cuando hagan falta, que se saquen. El abuso existe en todo.

Voy a entrar a otro punto: el *Syllabus*.

Se habla mucho del *Syllabus* porque es tan fácil condenar y seguir la corriente, sobre todo en los jóvenes que creen que es de moda ser incrédulo, opositor; como algunas mujeres habrá devotas, por no aparecer extravagantes.

Se dice que la Iglesia condena la libertad de conciencia. Pero, señor, ¿dónde, cómo la condena? En el fuero interno, en lo espiritual. La Iglesia habla de lo espiritual, y la Constitución habla políticamente: son dos esferas diferentes.

La Iglesia, dice, por ejemplo: «estas son verdades» — y las sostiene. ¿Cómo va a sostener el error? ¿Cómo va a decir que crea cada uno lo que se le antoje? Y ¿cuál es el castigo? El anatema. El que no tiene el credo católico, no es católico: esto es lo que dice, y es muy justo. Y ¿qué es el anatema? Separar de la Iglesia: el que no hace lo que le manda la Iglesia no es católico; y, es claro, lo separa de su seno. ¿Qué mal hace en esto?

Después citaba el señor ministro, ese niño de Roma, que fué bautizado por el ama, y algunos católicos se lo quitaron a los padres por ser ellos judíos. Señor! Cada pueblo tiene sus costumbres; serán buenas o serán malas. En Roma esa era la ley, y los judíos vivían voluntariamente bajo esa disposición.

Con esto basta para explicar el hecho.

Además de eso hay que fijarse que, en este caso, el Papa no habla ex cátedra, ni sobre fe y costumbres, ni el concilio ha dicho tales cosas, como nunca dijo: que se quemen los herejes.

Por consiguiente, no hay que confundir las cosas.

Yo estoy hablando de los dogmas; no me refiero a los hombres.

Aquí mismo, ¡cuántos hijos pequeños no estarán separados de sus madres!

¿Qué ha sucedido entre nosotros con los hijos de los indios?

He visto a muchas personas solicitar a esos niños, diciendo que los iban a educar; y así con ese pretexto, muchos pequeñuelos no están con sus madres.

Y si esto sucede aquí, donde somos tan liberales, donde nos pasamos de liberales, ¿qué extraño que eso mismo se produjera en aquellos tiempos, bajo poderes absolutos? De manera que dándose cuenta de las cosas, uno se puede explicar fácilmente esos hechos.

No era, pues, un argumento digno de traerse a este debate.

Se dice que la Iglesia condena la soberanía del pueblo.

Esto hubiera sido necesario probarlo, y siento que el señor ministro no se haya detenido sobre este punto, por no ser «extenso»; cuando, con respecto a otros menos importantes, se ha permitido leer «larguísimas memorias» de una comisión.

La Iglesia no condena la soberanía del pueblo; lo que condena es que el pueblo, por medio de leyes, no respete la libertad de todos.

Supongamos que haya un Congreso al cual se le antoje suprimir el culto católico, declarando la libertad de conciencias. El Congreso no puede sancionar semejante cosa, aunque haya una mayoría que lo quiera. Eso es lo que se condena; porque, gobernar es regir conforme a razón. Anterior a la Constitución hay una ley, y es la ley natural; la Constitución no puede ir contra la ley de Dios, la ley natural.

Luego la Iglesia no condena la soberanía del pueblo, en una república, como no condena la soberanía del rey, en un reino; porque todas las formas son buenas, siempre que se siguen los verdaderos principios que se fundan en la razón.

Voy a referirme a lo que se ha dicho del *Syllabus*. Estoy cierto que muy pocos lo habrán leído. Es más fácil maldecir que aprender!

Traigo el texto; si se duda de la traducción,

tengo el original en latín, para mostrárselo al que desee examinarlo.

«Prop. 79. — Es sin duda falso que la libertad civil de cualquier culto, y lo mismo la amplia facultad concedida a todos de manifestar abiertamente y en público cualesquiera opiniones y pensamientos, conduzca a corromper más fácilmente las costumbres y los ánimos, y a propagar la peste del indiferentismo.» Lo condena.

Fíjese bien la Cámara que dice: «cualquiera opiniones y cualesquiera pensamientos». Y eso está condenado por el sentido común. Aquí mismo la policía manda recoger cualquier publicación, cuando atenta a la moral, a las buenas costumbres.

En Atenas, el Senado mandó quemar los libros de Protágoras; porque, decía, ponían en duda la existencia de los dioses.

También el Senado romano mandó quemar los libros de Numa, porque no se expresaba bien acerca del culto de las divinidades.

Platon enseñaba que los libros impúdicos debían arrojarse lejos de las ciudades. Lutero reconocía que era necesario arrojar de las escuelas los libros de Marcial, Catulo y Juvenal; porque no pueden leerse sin grave peligro de los jóvenes. Calvino entregó a las llamas los escritos de Servet, juntamente con el autor. Bayle, que no tiene nada de clerical, decía: «Es imposible resistir a la seducción; por lo tanto, a la juventud se le debe privar de todos esos libros obscenos, libros que debe procurar-se exterminar.»

Esto es, como he dicho, de buen sentido.

Cito estos hechos de personas que no católicas, porque hay individuos que se resisten hasta a la luz de la evidencia, y para ver si me conceden alguna cosa de lo que he afirmado.

Si eso ya se había hecho, impulsado por el buen sentido y la sana razón, ¿qué tiene de extraño que la Iglesia formulara un índice en que enumerara los libros malos y condenara su lectura?

Es muy natural eso. La Iglesia indicaba a sus fieles los libros que no debían leer, y si no cumplían, les imponía penas espirituales. No los mandaba matar los que se resistían, quedaban fuera de su seno: no eran más católicos.

¡La libertad de conciencias! No hay tal cosa: se está haciendo fastasmas para tener algo que combatir.

Es gracioso lo que pasa con estas cuestiones. Los que tienen que ocuparse de ellas, leen uno

o dos autores, que tratan la materia en el sentido favorable a sus ideas; y, como no saben nada de lo que han escrito otros en contra, se entusiasman. Con eso todo es verdad, todo les parece el *Evangelio*.

Pero, señor presidente, para saber algo, es preciso estudiar mucho; mientras más se sabe, más se duda. Entonces uno respeta la opinión de los otros y no los trata de ignorantes; y, además, aquí no hay ultramontanos, porque no hay montes que nos dividan de Roma, como en Europa.

A pesar de todo lo que se ha dicho en contra de la Iglesia católica, ahora no hay Iglesia galicana; el catolicismo está hoy más fuerte que nunca; el poder moral del Papa es más grande.

Voy a contestar una objeción que no se me ha hecho, para que se vea que, si bien es favorable para la unidad del debate el que no se permitan interrupciones, tiene también sus desventajas. Las interrupciones son las que dan vida a las discusiones. Si nadie observa al que habla, resulta que todo es cierto, aun cuando con una sola interrupción podría probarse que no lo es. Esto es esencial, principalmente en la réplica.

Si yo hubiera podido interrumpir al señor ministro, creo que hubiera suprimido la cuarta parte de su discurso.

Se trataba de si era necesario que el matrimonio sea sacramento.

El señor ministro nos ha traído muchas pruebas para demostrar que no es la bendición del cura la que constituye el sacramento. ¡Si nadie ha dicho eso! Yo desde el primer día he dicho que los ministros son las personas, y no el cura.

A este respecto el señor ministro de culto hacía la siguiente objeción: ¿cómo es que sin la voluntad del cura se hace el casamiento? Porque no es ministro, le contesto yo; porque es testigo solamente, aunque no quiera, de ese acto.

Supongamos que yo estoy aquí, y no quiero que un hombre se levante; pero, se levanta: entonces soy testigo. Así sucede con esto. El cura no es más que un oficial autorizado, y con tal que se presenten los novios y lo quieran, están casados.

Así es que todo lo que ha leído el señor ministro para probar que el cura con la bendición no hace el matrimonio, es inútil; no ha venido al caso.

Esto es de disciplina. Se admitió en el concilio al tratarse sobre disciplina: es necesario

el cura: no es «esencial», pero es «necesario». Muy bien saben los señores senadores lo que es «necesario» y lo que es «esencial».

Se ha citado a Benedicto XIV, Pero Benedicto XIV dice que donde se recibió el Concilio de Trento, es en donde hay obligación, que establece que celebrado el matrimonio, inmediatamente los consortes que se casen, vayan a recibir la bendición del párraco.

Vamos a la proposición 88, porque no quiero molestar a la Cámara. Fíjese el señor presidente: «El romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo, y con la moderna civilización.»

A cualquiera que no preste atención le parece justo. Es claro, dirá, que debe de ir con el progreso; pero, es porque no se sabe leer.

Debe «reconciliarse»...

¿Qué diría cualquiera de los honorables senadores si se dijera: «el Senado debe reconciliarse con el progreso»? Pensaría alguno que el Senado se hallaba reñido con el progreso. «El Senado debe reconciliarse con el presidente.» Quiere decir que está peleado con el presidente. No consentiríamos en tal aserto.

Admitida esa proposición, habría que admitir que el Pontífice está reñido con el progreso; pues el que marcha con el progreso, no debe transigir, no puede transigir con él.

Pero, vamos adelante, porque tiene muchas cosas buenas... (*Risas*). Vamos al liberalismo.

¿De qué liberalismo se trata en dicha proposición? ¿Del que niega la fe, del que condena la *Biblia*, del que niega a Dios? Es soberanamente ridículo pretender que el Sumo Pontífice transe con tan monstruoso absurdo.

El dice que el Papa no tiene facultades, él dice que es falsa toda la creación; entonces, ¿qué transacción se podría hacer?

Si el liberalismo es respetar los derechos, no debe transigir porque los respeta y protege. Entonces es falsa la proposición.

«Y con la moderna civilización.» Pero, si la civilización, como he dicho, es el cumplimiento de los deberes, el Pontífice precisamente favorece el desarrollo de la civilización.

Pero se me ha pasado algo que quiero constatar.

El señor ministro hizo una larga exposición sobre el Arca de Noé, y parece que convenció a los que venían dispuestos a ser convencidos.

Empezó el señor ministro hablando sobre la capacidad del Arca. Como debe suponerse, hay muchos escritores que se han ocupado de esto, y que han demostrado la posibilidad de que se construyera una de tan grandes dimensiones.

Ahora comprendo que es muy difícil que en aquellos tiempos, con la dificultad de los caminos, pudiera hacerse semejante reunión de animales; pero, fíjese que los que creemos en la *Biblia*, creemos en la creación también, y la creación es un prodigio.

¿Cómo se formó el hombre? ¿Qué es el germen espontáneo y cómo se forma? No sé. ¿Cómo se forma la luz? No sé.

Entonces es cierto esto de la creación; entonces la uniformidad de todos los pueblos y todos los siglos y de la *Biblia* lo condena a él; entonces yo tengo que explicármela, microbio más, microbio menos, religiosamente; máxime cuando el diluvio está probado evidentemente por los naturalistas; y cada paso que da la ciencia, acredita más y más las aserciones de ese gran libro, la *Biblia*.

Voy a concluir, señor presidente.

El señor ministro nos ha dado motivos para alarmarnos. Yo creí que este proyecto trataba de atraer al extranjero, de halagarlo; aunque no lo encontraba aceptable, me parecía sólo que tras él vendría el divorcio. Mas veo que viene un ataque sistematizado, abierto, no sólo al catolicismo, sino al cristianismo; con él todos los males que le acompañan.

Si no hay religión, si no hay libertad, ¿qué tendremos? Tendremos como autoridad única, incontestable, un sultán, jefe del Estado, jefe de la Iglesia, jefe del ejército. Pero entonces no respiraremos.

Ahora, ¿se va a garantizar la libertad de conciencia? ¿Qué esperanza!

Si consiguieran quemar la *Biblia*, ¿qué gloria podrían tener? La gloria de Eróstrato, que quemó el templo de Diana; la gloria de Omar, que incendió la biblioteca de Alejandría, destruyendo el depósito de los sabios de la antigüedad; dejando así no un nombre ilustre pero célebre. De modo que vienen plagiando a otros en esto de querer quemar la *Biblia*, causando con ello los males que son consiguientes.

Yo creo, señor presidente — siempre soy optimista — que no ha de llegar ese día, creo que el pueblo argentino no lo ha de sufrir. No quiero revolución, ni guerra; no, señor, la reacción vehemente de la opinión ilustrada hará que se reforme este proyecto, si pasa; el gobierno ha de volver sobre sus pasos.

¿Y qué tendría esto de particular? Los hombres grandes vuelven sobre sus pasos, porque hay grandeza en reconocer el error. Ahí está Bismarck: en medio de todo su poder, dió las leyes de Mayo; después se ha entendido con el Papa y las ha reformado.

Ahora dos años se quitó la subvención a los seminarios y al año siguiente el gobierno había vuelto sobre sus pasos.

Así, pues, tengo esperanzas de que venga la reacción y con ella que se eviten los males que he señalado.

He dicho.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Pido la palabra.

En la sesión pasada, el senador Pizarro hizo repetidas demostraciones cariñosas para mí: me llamó su amigo y hasta se dijo mi deudor de gratitud; pero, a la vez, hizo calificaciones deprimentes de mi conducta; me hizo cargos serios y graves, que el decoro me manda rechazar con energía.

Creo que lo primero nacía del noble y bondadoso corazón del señor senador, y que lo segundo venía del ardor de la lucha, de la pasión oratoria, que parece que conmueve y absorbe por completo su sistema nervioso.

El señor senador decía que la ley en discusión iba a ser una ley de tiranía, una ley de atraso, una ley de fuerza, una ley marcial, una ley que iba a acabar con la moral social, asemejándose a un astro opaco que, salido de su órbita recorre, dando tumbos por el espacio, su eterna y caprichosa carrera; por supuesto, rodeando todas estas afirmaciones, todas estas calificaciones de mi conducta, de las lamentaciones que esto le sugería.

Yo le voy a contestar al señor senador, usando un lenguaje semibíblico, que probablemente no le será desagradable:

No llores por mí, señor senador y amigo, que marche con paso firme por el camino del progreso, cabiéndome la honra de tener en mi mano segura, por un momento, la antorcha que ilumina los grandes destinos de la patria! Llorad por vos que quedáis en la sombra, en la obscuridad, en el atraso, protestando contra una ley de progreso y de civilización! (*Aplausos*).

El señor senador decía que me creía m. s. cristiano, o mejor cristiano que él. Yo, señor presidente, no lo hubiera sospechado; pero, los discursos, no las arengas, del señor senador, me han hecho pensar que tiene mucha razón.

Decía él que me ha visto, en otro tiempo, postrado ante los altares recibiendo el cuerpo y la sangre de Jesucristo. Un hombre tan preparado en las prácticas de la religión cristiana debe saber que la sangre de Jesucristo se la han reservado los sacerdotes; no la dan al pueblo ni el señor senador ha recibido nunca la sangre de Jesucristo. Puede ser que si alguna vez tiene

la pena de perder a su digna esposa, él entre en el sacerdocio, en cuyo caso podrá recibirla.

El señor senador decía que yo no he fundado sistema; que no he dicho esto y lo de más allá; que no he nombrado a Enrique VIII; pero, a mi vez yo diré: si el señor senador hubiera de decir todo lo que yo he dicho, sería escaso el tiempo que falta de las sesiones ordinarias.

Me reprochó porque yo no hablé de Enrique VIII. Yo hubiera podido nombrar a la reina María, que persiguió protestantes y él me habría dicho entonces que no había hablado de Isabel; esto sería cuento de nunca acabar. Yo he hecho lo que tenía que hacer: tomar de la historia y citar los hechos que hacen a mi propósito. Efectivamente, no he venido aquí a pintar épocas históricas; no he creído por un momento que el Senado de la República Argentina es un aula de historia, y mucho menos puedo yo presumirme de ser su profesor. No he pretendido fundar sistema, ni tengo la competencia bastante, ni creo que en un discurso sea posible fundar un sistema. El señor senador ha pronunciado tres discursos brillantísimos, con los cuales ha ocupado largas horas del Senado, y ¿cuál es el sistema que ha fundado?

Decía el señor senador que me he burlado de los papas, de la excomunión, de los libros santos, de los concilios, de las leyes canónicas, que a nada he dejado de pegar fuego, como un verdadero inquisidor. Señor presidente; estas afirmaciones en boca de otro hombre las habría tomado como una injuria; en boca del señor senador las debo tomar como un aplauso, puesto que con tanta vehemencia defendió a Torquemada, a Felipe II, a la Inquisición de España. Pero yo, señor, yo no me he burlado de nada de lo que dice el señor senador.

A propósito de los libros santos, yo no recuerdo haber dicho otra cosa, hablando de Adán que cuando decía que el que se casa, para seguir a su mujer dejará su padre y madre, que él hacía poco sacrificio puesto que no tenía padre ni madre; y decía la verdad. ¿Acaso he dicho yo que ese hecho histórico referido era falso? He dicho que no hacía Adán sacrificio alguno, y me ratifico. Adán no conocía el amor filial, tan bien pintado por el señor senador por Córdoba. ¿Qué quería decirnos Adán al decir: dejarás a tu padre y a tu madre? ¿Harás lo que hacen las palomas, que cuando les crecen las alas vuelan del nido para no acordarse más de aquellos a quienes deben el ser? ¿Qué quiere Adán? Que la familia humana no se forme, que abandonemos nuestro padre y nuestra madre ancianos. ¿Para qué? ¿Para de-

leitarnos con la esposa? ¿Y quiere el señor senador que porque Adán dijo esto lo creamos infalible, entre tantos infalibles, a él que nos legó el pecado original y que engendró el primer criminal que manchó con sangre la tierra?

Dijo que me he burlado de las excomuniones. No lo creo. Pero declaro que me burlo de ellas, porque nunca daré motivo para ser excomulgado de un club, de ningún partido, de ninguna parte; soy leal con mis creencias, soy leal con mis convicciones. Y si injustamente me excomulgaren, me segregasen de alguna asociación, me burlaría de la excomunión.

¿Y sabe el señor presidente de quién lo habría aprendido? Lo habría aprendido de los que llevan el nombre ilustre y conocido de Funes. Les debo mucho. He referido al Senado lo que debía al señor senador por Córdoba, mi distinguido maestro en derecho canónico. Y debo decir que el desprecio de esas excomuniones injustas lo debo al ilustre padre del señor senador, mi inolvidable profesor de derecho romano. A él le excomulgó un obispo, a quien desterró el padre del señor senador por Corrientes. Y al distinguido jurisconsulto doctor Funes, no se le conmovió un pelo de su barba. Al obispo lo expulsaron y todo quedó en santa paz en Córdoba.

Que me he burlado de los concilios, que me he burlado de los cánones. ¿Dónde está esa burla? ¿No nos dice el señor senador que la legislación de la Iglesia, es una legislación progresiva? Luego es una legislación que se enmienda; luego es una legislación que prospera; luego es una legislación que progresa; luego no es una legislación infalible; porque la fe no es progresiva, es estable, es permanente. ¿Y qué he dicho yo? Que el Concilio de Trento ha legislado mal el matrimonio. Con la defensa del señor senador ha quedado en peores condiciones. Ha dicho que basta y sobra con que el cura presencie el casamiento. Yo le hacía más favor al concilio; yo decía que «un cura y dos testigos, aunque» fueran infalibles, bastaban.

El señor senador en su última exposición, acaba de darme más motivo para criticar esa legislación del Concilio de Trento.

Nos ha dicho el señor senador, con palabras elocuentes, lo que es el amor. Es inútil que yo reproduzca esa hábil pintura hecha por el señor senador; pero debo decir, ¿cómo podrían legislar con acierto hombres que no pueden casarse, hombres que han hecho voto de castidad, hombres a quienes les está prohibido dar cabida en su pecho a este amor, a este cariño?

Todos los padres del concilio, o son frailes con doble voto por el sacerdocio, o son clérigos seglares, que han hecho a su vez voto de castidad, a quienes por su ministerio, les es prohibido casarse y dar cabida en su pecho al amor a la mujer. ¿Qué pueden legislar a este respecto?

Y así, señor presidente, yo podría decir todas las legislaciones que se han hecho sobre esto, si no fuera innecesario completamente para resolver esta cuestión.

La defensa que se ha hecho de este matrimonio se ha limitado a consignar que se celebra ante un cura, que es un simple testigo, que no es el ministro del sacramento, puesto que los ministros del sacramento son el hombre y la mujer que contraen el matrimonio, según la doctrina de la Iglesia, no obstante que ha habido a este respecto grandes y graves cuestiones entre canonistas y teólogos. ¿Cómo es que interviene la Iglesia por medio de una especie de poste que no habla ni dice nada, sino oír, como sucede en el matrimonio verificado por sorpresa del cura? ¿Cuál es el acto religioso? ¿Es la sotana de ese hombre, es esto lo que le da carácter religioso a un matrimonio que se celebre con violación de la ley civil, sin la venia de los padres, por ejemplo, en el caso de menores? ¿Cómo es religioso este matrimonio?

Pero más adelante, señor presidente, volveré sobre esto.

Continuaré contestando a los argumentos, en el orden que los ha expuesto el señor senador por Santa Fe.

Ha dicho textualmente: «El señor ministro no ha hecho otra cosa que defender un proyecto y preocuparse del éxito.» ¿Y qué es lo que he debido hacer?

Creo que él no ha debido hacer otra cosa que combatir el proyecto para procurarle un rechazo. ¿A qué he venido? ¿A qué me puede llamar el Honorable Senado? ¿Cuál es el interés del gobierno?

Hacer prevalecer, triunfar, por convencimiento, por la discusión, los proyectos que somete a la deliberación del Congreso.

¿De qué otra cosa voy a preocuparme? ¿Quiere que me preocupe de los aplausos de la barra, de buscar complacencias?

Un hombre serio, un ministro que conoce la gravedad de sus deberes, no se tiene que preocupar de otra cosa que de defender su proyecto lo más hábilmente que pueda y obtener el éxito.

He creído, pues, que el señor senador en vez

de hacerme crítica me aplaude, tal vez por ser mi amigo, porque no quiero suponer que sea a despecho de su voluntad.

Ha dicho el señor senador — y voy a contestarle, aunque tiene poca importancia porque yo redacté el mensaje con que este proyecto se acompañaba al Congreso — que este mensaje reviste el carácter personal de la época; que no habla del Poder Ejecutivo impersonalmente, sino que dice: «el Poder Ejecutivo se dirige al Congreso, el Poder Ejecutivo dice esto». Es el presidente de la República, y así lo ha hecho en sus mensajes de apertura de las sesiones del Honorable Congreso.

Pero, señor presidente, nada hay más personal que esos mensajes: son exclusivamente actos del presidente de la República, los mensajes pronunciados al abrir las sesiones.

Por otra parte, el Poder Ejecutivo es el presidente de la República; así, pues, es permitido a una persona hablar en tercera persona, impersonalmente, o decir «yo».

El artículo 74 de la Constitución dice: «El Poder Ejecutivo de la Nación será desempeñado por un ciudadano con el título de «presidente de la Nación Argentina».

El artículo 86 dice: «El presidente de la Nación tiene las siguientes atribuciones: 1ª Es el jefe supremo de la Nación y tiene a su cargo la administración general del país.»

¿Qué encuentra de irregular o de anormal el señor senador en que se emplee este lenguaje en el mensaje con que se remite el proyecto?

Se ha dicho también, señor presidente, que yo me he burlado de los papas; y olvidaba contestar ese punto del discurso del señor senador.

Bien; decía al señor senador por Córdoba que no tenía embarazo en conceder cuanto bueno quisiera él decir de muchos papas, porque no estaba eso en discusión, no dudando de que él, en obsequio de la verdad histórica, me confesará que ha habido papas que han sido la vergüenza de la Iglesia y de la historia, y esto es verdad, pues basta abrir la historia para verlo.

El señor senador por Córdoba decía que el papa Gregorio VII había aspirado a la monarquía universal, que él lo calificó de un error.

El señor senador por Santa Fe, al hacer la apología de Hildebrando, nos ha dicho que ha sido un gran papa, que ha restablecido la moral de la Iglesia, que no es exacto que tuviera esa ambición.

Yo no podré dejar de estar conforme con el señor senador en decir que Gregorio VII realizó efectivamente una especie de resurrección del papado, que moralizó los obispos, que co-

rrigió las costumbres, principalmente de los ministros de la Iglesia; pero es un hecho que tampoco se puede negar que fué el papa más ambicioso de cuantos han ocupado el solio pontificio; fué el papa que con más audacia, que con más coraje que ninguno, desplegó en todas direcciones del mundo esta ambición.

Yo no voy a citar, señor presidente, autores, libros, opiniones; voy a citarle al mismo Hildebrando, al mismo Gregorio VII, para que vea el Honorable Senado cuáles eran las ideas que dominaban en el cerebro de este hombre y en virtud de lo cual él obraba.

Aun cuando se estime que es poco parlamentario leer, voy a permitirme leer apenas ocho renglones.

Sr. Pizarro. — El leer ha sido usado por el señor ministro del interior con gran extensión.

Sr. Ministro del Interior. — Y por el señor senador también con gran extensión.

Sr. Pizarro. — Para el señor ministro no hubo inconveniente.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Tomo esto de las cartas del mismo Gregorio VII. Es él que habla, y dice:

«Hállase el mundo alumbrado por dos luminares: el sol más grande y la luna más pequeña. La autoridad apostólica se parece al sol, el poder real a la luna; como la luna no alumbraba sino por influjo del sol, así los emperadores, los reyes, los príncipes no «subsisten» sino merced al papa, porque éste viene de Dios. De consiguiente el poder de la cátedra de Roma es mucho mayor que el de los príncipes, y el rey está sometido al papa y le debe obediencia.

«Emanando el papa de Dios, todo le está subordinado: ante su tribunal deben ser llevados los asuntos espirituales y temporales. La Iglesia es el tribunal de Dios.

«La Iglesia se compone de todos los que confiesan el nombre de Jesucristo, y como madre manda a todos los individuos que le pertenecen, tales como emperadores, reyes, príncipes, arzobispos, etcétera. En virtud de su autoridad puede substituirlos y deponerlos.»

Estas son las doctrinas políticas del papa Gregorio VII que propagaba en el mundo y en cuya consecuencia obraba.

Creo, pues, señor presidente, que esta es la demostración más acabada y completa de que el señor senador por Córdoba decía la verdad cuando afirmaba que Gregorio VII aspiraba al dominio universal.

No quiero detenerme, señor presidente, en refutar los elogios que el señor senador por Santa Fe tributaba a la Inquisición, preten-

diendo vindicarla, con que ella era más o menos la legislación de la época. Me bastará decir que siendo esa la legislación civil de la época, era inspirada por la legislación que dominaba en la Iglesia.

¿De dónde tenían los reyes católicos este furor por castigar con el fuego y con el hierro ardiente?

¿Quién los inspiraba?

Repito, señor presidente, no me detengo en esto, porque son cuestiones que de suyo están refutadas.

Pero nos decía el señor senador que íbamos a perder el carácter nacional sancionando esta ley, y hasta nuestros rasgos fisonómicos se iban a borrar; que cuando pasara una dama por la calle no sabríamos ya si era argentina o extranjera, y agregaba que existía una nación en el mundo sin fronteras, sin pueblos ni ciudades, y que al través de los siglos y de su dispersión, conservaba intacto su carácter; que ese era el pueblo judío, y que lo conservaba, decía el señor senador, (textual) no por otra razón que por haber respetado su fe y su tradición religiosas.

El pueblo judío, señor presidente, vindicado espléndidamente por un senador de la República Argentina!

El pueblo judío queda justificado de haber sacrificado a Jesucristo, que predicándole otra religión, le inducía a cambiar de carácter racional, a cambiar sus rasgos fisonómicos.

El señor senador combate toda la enseñanza de la Iglesia, la enseñanza del mismo Jesucristo, que desde niño predicaba en el templo la religión católica; puesto que con esa enseñanza se procura el cambio de religión, y con el cambio de religión viene la pérdida del carácter nacional.

¿A qué quedan reducidos, señor presidente, el prurito de los papas, el empeño decidido de las comunidades religiosas por la propagación de la religión católica, si es que no va a hacer otra cosa que cambiar el carácter de las naciones?

Voy a apurarme a terminar, señor presidente, porque es tarde, y creo que el Senado está cansado de esta discusión.

Yo había dicho, señor presidente, que era incompatible la existencia de un culto oficial en la República con la existencia de la libertad de cultos, garantizada por la Constitución.

El señor senador por Santa Fe me replicaba con el ejemplo de lo que sucede en Inglaterra, donde hay culto oficial y libertad de cultos.

Pero es natural que eso suceda allí; porque el rey, ahora la reina, es el jefe, el pontífice

de la religión oficial, como el zar de Rusia es el pontífice de la Iglesia griega en Rusia, y es imposible ser jefe sin que haya de que serlo.

Por fortuna, el presidente de nuestra República no es jefe de secta.

Nos decía el señor senador que la legislación de la Iglesia es progresiva, y así es la verdad; porque sino, no habrían tenido lugar tantos concilios como se han venido repitiendo.

Pero no es esta una novedad de la Iglesia católica; todas las legislaciones son progresivas; por eso es que las naciones reúnen sus congresos cada año, y precisamente la legislación menos progresiva de cuantas se conocen, es la de la Iglesia.

No cuento el Concilio del Vaticano que no ha hecho casi nada, porque se disolvió; pero el Concilio de Trento tuvo lugar hace más de tres siglos, y desde entonces la legislación de la Iglesia se ha paralizado.

Y en esta época de tanta vida, de tanto movimiento, en que las costumbres se cambian con tanta rapidez, ¿quiere el señor senador que vivamos sometidos a una legislación vetusta de hace tres siglos?

Decía el señor senador, criticando esta ley, que cuando menos habíamos fomentado la deserción de las monjas y de los frailes, haciéndoles olvidar sus votos para buscar un estado más conforme con las exigencias de la naturaleza.

Yo no creo como el señor senador, que fomenta la deserción; creo más bien, que ellos respetarán sus votos.

Pero según las palabras del señor senador, parece indudable, que estos frailes y estas monjas no deben tener una vocación muy arraigada, no deben estar muy conformes con su situación, cuando tanto se teme que la abandonen para buscar en el matrimonio los placeres que no les proporcionan sus actos.

Pero, señor presidente, si esto es así; si esta ley es un cebo, ¿por qué razón se desparraman tantas misiones a provocar deserciones; deserciones de mahometanos, de judíos, etcétera, para hacer católicos?

¿Por qué no es un desertor un judío que se hace católico, y sí lo es un católico que se hace judío?

¿Cómo vamos, señor presidente, en vista de nuestra Constitución, a evitar que una monja abandone el claustro, y que un fraile abandone sus hábitos, si tenemos aquí establecida y garantizada la libertad de conciencia y la libertad de cultos?

Mañana una monja hace llegar a oídos del gobierno que la detienen violentamente en su

convento, que no quieren que abandone la religión, ¿qué hará el gobierno?

¿La dejará sucumbir en el claustro, pasando su vida amarga y dura?

No; le daría amparo, porque ella lo pedía en nombre de la Constitución que le garantiza la libertad de conciencia y de culto.

¿Y estas garantías son un cebo para que hayan deserciones? Quememos la Constitución; es ella la que da esa garantía; es ella la que dice que hay libertad de conciencia, que hay libertad de cultos.

Creo que he demostrado que es evidente el poder que la Nación tiene de legislar en esta materia. Se ha objetado que no; que la Constitución tiene también carácter religioso; que la Constitución manda al gobierno sostener el culto.

Y bien, señor, ¿qué? ¿Acaso tal jurisdicción de legislar y de juzgar, es el culto? El culto es externo y es interno. El culto interno es la adoración individual que el hombre tributa al Creador de la naturaleza; el culto externo es tributar esta misma adoración en los templos, con la pompa y según los ritos de la Iglesia, con los compañeros de creencia. Y esto ¿qué semejanza tiene con la jurisdicción de legislar? ¿Qué semejanza tiene con la facultad de juzgar? La jurisdicción de legislar es el atributo más noble, más grande de la soberanía del Estado. Así, pues, si el Congreso legisla sobre el matrimonio no ofende en nada al culto que la Constitución garantiza, porque no es acto de culto el acto de legislar.

Pero nos hablaba el señor senador de allanar estas cosas, concordando la soberanía espiritual y la soberanía temporal.

Estas dos cosas, medio se confunden, decía, y sería conveniente proceder de acuerdo.

Desde que Jesucristo estuvo en el mundo, estas dos cosas puede decirse que están divididas; Jesucristo enseñó a sus discípulos a dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Con la simplicidad propia de su sabiduría, ha hecho este deslinde de los poderes de la Iglesia y de los poderes del Estado: ha dado al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Si hay algo en que esta jurisdicción se confunde, no sé donde estará. Creo que *mixti fori* es puramente una invención de la Iglesia, en sus pretenciones de entrometerse en lo que no le corresponde. Al menos, Dios no ha establecido esto, puesto que, dando al César — al Estado — lo que es del César, y a Dios — a la Iglesia — lo que es de Dios, dijo: mi reino no

es de este mundo; el reino de los Césares es el de este mundo.

Preguntaba el señor senador cómo podía el Congreso legislar sobre el vínculo del matrimonio, cuando este vínculo es moral.

Contestaré con otra pregunta: ¿cómo define el señor senador, que es abogado y muy distinguido, lo que es obligación? Por ejemplo la obligación que nace de la compra de una casa, esta obligación de pagar el precio? Es simplemente un vínculo moral, como es toda obligación. ¿Y quién legisla este vínculo? El Congreso de la Nación Argentina en plena libertad.

De consiguiente, pues, ¿este vínculo de dónde nace, de qué contrato? Del matrimonio: él es que crea este vínculo, esta obligación recíproca de serle fiel el hombre a la mujer y la mujer al hombre, de respetarse mutuamente, de amarse, etcétera.

Entonces, pues, el señor senador no nos ha dicho una novedad cuando ha manifestado que el matrimonio establece un vínculo moral.

Pero hay esta diferencia, y es que el vínculo que establece la ley en debate es absolutamente indisoluble; es un vínculo que obedece a una idea única, meditada y pensada, el matrimonio no debe disolverse.

Esta es una excelencia a los ojos, cuando menos, de la Iglesia católica, pues no puede desconocer el señor senador que el vínculo del matrimonio, según la ley de la Iglesia católica es perfectamente disoluble.

Ya he explicado en las sesiones pasadas...

Sr. Pizarro. — A mí se me ha pasado contestar eso al señor ministro.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Es que no tiene contestación.

Sr. Pizarro. — ¿Qué no ha de tener!

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Ya he explicado, decía, cómo el vínculo se disuelve en el matrimonio *rato* y cómo está la novia aguardando primero dos meses y después un año de noviciado, sin saber si está o no casada, situación penosa y hasta ridícula.

Por otra parte, el matrimonio entre los infieles, en donde no interviene cura ni cosa que lo valga, es perfectamente válido a los ojos de la Iglesia católica; no es concubinato asqueroso como llaman al que esta ley establece.

Los infieles, los mahometanos, los adoradores de ídolos, se casan a su modo y están bien casados a los ojos de la Iglesia. Pero si uno se hace católico y el otro le hace un poco de fuerza para que vuelva a la religión que

abandonó, el vínculo se disuelve, según la Iglesia católica, el matrimonio queda disuelto, y no es por lo tanto, indisoluble. Luego, pues, la indisolubilidad del vínculo está propuesta a muchas otras razones, a muchos otros intereses, no es el interés de la unidad e indisolubilidad de la familia el que prima.

Para los americanos está especialmente establecido que si un indio casado con muchas mujeres, se hace católico y no se hace católica ninguna de las mujeres, el matrimonio con la primera es el válido, el indisoluble; pero si la primera no se hace católica y se hace católica la cuarta o la sexta, el matrimonio con ésta es el válido y no el celebrado con la primera. ¿Dónde está, pues, la indisolubilidad del vínculo? ¿Dónde está la noción clara de esto?

Repito, pues, que la ley que el Poder Ejecutivo somete a la sanción del Honorable Congreso, es desde este y muchos otros conceptos, muy superior a lo que ha legislado el Concilio de Trento.

Voy a demostrar, señor presidente, cómo ni siquiera es necesaria de un modo esencial la presencia del cura. Ya he dicho que los infieles pueden casarse, y esto lo hacen sin curas y su matrimonio es válido e indisoluble.

Pero aún los católicos apostólico-romanos, pueden válidamente casarse, sólo ante testigos, sin presencia del cura, lo que prueba que la presencia de éste no es esencial.

Sr. Pizarro. — Yo he dicho también eso. He dicho que los ministros del sacramento son los mismos contrayentes.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — Queda entonces constatado con la conformidad del señor senador, que la presencia del cura no es esencial para establecer el vínculo del matrimonio.

Sr. Pizarro. — Es cuestión de la disciplina eclesiástica que puede cambiar mañana.

Sr. Ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública. — De manera, pues, que los cánones establecidos por el Concilio de Trento, son leyes transitorias que pueden modificarse, y que la Iglesia ha modificado.

Entonces, ¿por qué hemos de estar excomulgados los que no creemos en estas leyes, que han reformado concilios sucesivos? ¿Por qué hemos de estar excomulgados porque usemos de la más noble facultad que Dios nos ha dado, de la facultad de pensar?

Si no es necesaria, pues, de una manera esencial la presencia del cura para que el matrimonio, a los ojos de la Iglesia sea válido

y legítimo, ¿cómo es que se critica esta ley tan duramente?

Si el matrimonio es válido y es sacramento ante un cura poste que no ha hecho más que oír, que no ha hablado ni ha echado una sola bendición, ¿cómo es entonces que el matrimonio que establece este proyecto de ley es un horrendo concubinato? Es que todo esto se dice para desacreditar la ley del matrimonio civil ante el vulgo y ante las tímidas señoras.

Se alega que esta ley va a hacer extorsión a las conciencias, que es un atentado contra la Iglesia católica. Se ha dicho, pero no se ha demostrado. Esta ley tal como la ha presentado el Poder Ejecutivo es una ley de libertad, a nadie le impone cuál ha de ser la forma de su casamiento. Se dice: pruebe usted que no tiene estos impedimentos — muchos menos que los quince establecidos por la Iglesia católica — y puede usted casarse como quiera, como su conciencia se lo diga; pero para mí, Estado, usted no está casado si no inscribe su casamiento en el registro público. Ni más ni menos que se dice: todo el que tenga hijos, esos hijos serán naturales, no serán reconocidos por la ley, mientras no los inscriban en el Registro Civil. Esa mujer que es su esposa ante su conciencia, ante su religión, no lo es ante la ley, mientras usted no inscribe su casamiento. Esto es todo.

¿No se ve, pues, en esta oposición tan ardiente a esta ley de progreso y de civilización, la eterna pretensión de la Iglesia, de querer tener dominado bajo un zapato al Estado, y de querer mantener en sus sacristías los registros públicos en que consignan los más primordiales derechos del hombre y de su estado civil? Es claro que sí, señor presidente. (*Grandes aplausos*).

Lo que es la libertad está palpitante en esta ley. A ninguno se le hace violencia; vaya usted, cásese de acuerdo con los dictados de su conciencia, si es católico, busque un sacerdote; si es judío, busque un rabino; si es protestante, busque un pastor; pero venga a hacer constar ante el Estado el hecho de su matrimonio; venga a llenar esta forma esencial y constitutiva de todo contrato. Lo mismo sucede en la compraventa de una propiedad, porque el Estado necesita saber de quién es la tierra, de quién es el bien raíz, para reglar y garantizar todos los derechos que de tal acto emanan.

Voy a terminar, señor presidente, contestando una frase del señor senador por Santa Fe en que decía: ¿Qué va a ser de esta tierra

con esta libertad de casarse, esta tierra abierta a todas las banderas del mundo? Va a ser, señor presidente, una gran Nación, y esta ley de la libertad contribuirá a su grandeza; y todas esas banderas del mundo, en los gloriosos días de la patria, la saludarán: la grande y noble Nación de la América del Sud!

He dicho. (*Prolongados aplausos*).

Sr. Presidente. — Se va a votar si se cierra el debate.

—Se vota y resulta afirmativa.

4

Sr. Pérez. — Hago moción para que la votación en general de este proyecto sea nominal. Tratándose de una cuestión de tanta importancia, creo conveniente que cada señor

senador manifieste individualmente su opinión, y pido el apoyo de mis honorables colegas.

—Apoyada la moción, se vota y se aprueba.

—Se procede a la votación nominal, y votan por la afirmativa los señores senadores: Pérez, Rodríguez (C. J.), Moyano, Baltoré, Gil, Derqui, Cambaceres, Oliva, del Valle, Baibiene, Ruiz (H.), Zapata, Mendoza, Ruiz (M.), Ortega y de la Silva, y por la negativa los señores senadores Paz, Navarro, Nougnes, Tello, Febre, Barros, Dávila, Pizarro y Funes.

—Queda aprobado en general el proyecto, levantándose en seguida la sesión.

—Eran las 7 y 40 p. m.